

Serie Ética

Juan Francisco
Puello Herrera

Octubre 2009



Colección UNAPEC por un mundo mejor

Los valores morales desde la perspectiva de la fe



UNIVERSIDAD APEC

Colección UNAPEC por un mundo mejor

Serie Ética No. 1

ISBN: 978-9945-423-16-7

La colección *UNAPEC POR UN MUNDO MEJOR* es una publicación mensual de la Universidad APEC, constituida por las series Ensayo, Investigación, Artes y Comunicación, Turismo, Tecnología, Administración, Ética y otros. Su finalidad es proyectar la vida académica e intelectual de la Universidad mediante las publicaciones de monografías portadoras de avances de investigaciones, estudios de áreas, propuestas de divulgación de las grandes ideas del mundo contemporáneo, análisis de la sociedad de la información, expresiones artísticas, y todo cuanto atañe a los saberes del mundo de hoy.

UNIVERSIDAD APEC
JUNTA DE DIRECTORES

Ing. Francisco Hernández
Presidente

Lic. Carmen Cristina Álvarez
Vicepresidente

Ing. Pedro Pablo Cabral
Tesorero

Dra. Cristina Aguiar
Secretaria

Lic. Carlos Despradel
Miembro

Lic. Álvaro Sousa Sevilla
Miembro

Lic. Loraine Cruz
Miembro

Dr. Luis Heredia Bonetti
Pasado Presidente

Lic. Freddy Domínguez
Presidente de APEC

Lic. Daisy Díaz
Directora Ejecutiva de APEC

Dr. Franklyn Holguín Haché
Delegado Permanente del Consejo APEC
de Pasados Presidentes

Lic. Justo Pedro Castellanos Khouri
Rector

COMITÉ EDITORIAL

Andrés L. Mateo
Diógenes Céspedes
Carlos Sangiovanni
Manuel Núñez
Teresa Hidalgo

ASESOR

Mariano Lebrón Saviñon

Presentación

El paso por las aulas universitarias suele ser delicado, entre otras razones, porque usualmente se realiza a una edad de intensas complejidades humanas.

Cada vez que recibo a nuestros nuevos estudiantes trato de caracterizar los días que vivirán entre nosotros: se hace el tránsito de la adolescencia a la adultez; se ingresa al mundo laboral; se tienen los primeros amores; se recibe una profesión; se inician los primeros negocios; se intensifica la lucha por espacios sociales propios; en fin, se desarrollan varios procesos al mismo tiempo, todos trascendentes.

En esos años, la influencia de algunos seres, especialmente de los profesores, suele ser más perdurable, pero no todos tienen la fortuna de recibir esas influencias, y menos de las realmente buenas.

Yo la tuve y recibí un influjo que todavía conservo con especial cariño.

Manuel Bergés Chupani, Marino Vinicio Castillo, Jorge Subero Isa, Porfirio Hernández Quezada, Ana Rosa Bergés, Rosa Campillo, Carmen Imbert Brugal fueron mis profesores y no sólo me proveyeron de los recursos y herramientas técnicas para formarme profesionalmente, sino que, como correspondía, me aportaron lineamientos éticos, sociales, políticos, humanos que aún llevo conmigo.

En ese grupo estuvo también otro: Juan Francisco Puello Herrera, profesor de último año que me impartió varias de las asignaturas finales, con cuyo estudio y práctica inicié mi acercamiento al mundo, no siempre simpático ni grato, menos aún en aquellos días, de los tribunales dominicanos. De él conservo todavía el recuerdo de sus buenas maneras, de su comportamiento ético, de su rigor académico y profesional.

A propios y a extraños he dicho reiteradamente que agradezco por todo lo recibido, que es mucho, se me regaló, por ejemplo, la fortuna de encontrarme a Juan Francisco en diversos escenarios de mi andadura vital, en los que cada vez exhibió los atributos de siempre, los mismos con los que había ganado la admiración y el aprecio de los jóvenes estudiantes de Derecho que entonces lo conocimos.

El más reciente de esos escenarios ha sido este de la familia APEC¹, yo en la Universidad, él en FUNDAPEC² y en APEC³, marchando ambos tras el propósito común de contribuir honesta y humildemente al desarrollo de la educación y la cultura en la República Dominicana en aras del merecido desarrollo nacional.

Y en estos días se me ha regalado una nueva razón para agradecer: la oportunidad de promover la publicación de esta obra no sólo porque es una obra suya, sino más aún, por su contenido.

Se trata de cinco conferencias dictadas entre 2006 y 2009, todas alrededor de temas fundamentales -la ética y la moral, pero sobre todo, la fe cristiana-, no sólo para la institución al frente de la cual me encuentro en estos días, la Universidad APEC (UNAPEC), sino también y más que todo para nuestro país; a saber: *La educación para los nuevos tiempos*, *La fraternidad y la Declaración Universal de los Derechos Humanos*, *Consideraciones éticas sobre el aborto*, *La alegría de vivir*, y *Los valores morales desde la perspectiva de la fe*.

A esta última, organizada por APEC el pasado 27 de mayo, tuve la oportunidad de asistir y aquella fue una ocasión memorable, cuya vivencia también agradezco. Me conmovió especialmente su planteamiento en torno a la coherencia que deben exhibir los seres humanos entre sus discursos y sus hechos. Ya sabía yo que los hombres, más que por sus discursos, hablan por sus hechos.

-
- 1 APEC son las siglas de ACCIÓN PRO EDUCACIÓN Y CULTURA.
 - 2 FUNDAPEC son las siglas de Fundación APEC de Crédito Educativo. En la actualidad, Juan Francisco Puello es Presidente de la Junta de Directores de esta institución.
 - 3 En su calidad de Presidente de FUNDAPEC, Juan Francisco Puello forma parte del Consejo de Directores de APEC.

Lo había aprendido temprano de otros que como mi padre, Justo Castellanos Díaz, tenían más experiencia, habilidad y sabiduría en la lidia con seres humanos. Desde entonces, es algo que siempre he tenido y tengo presente en mi vida. Es una especie de sabia, cotidiana e íntima herramienta para reconocer -que no siempre lo logro- a los auténticos entre los farsantes, a las verdaderas ovejas entre los lobos disfrazados.

Esa noche, Juan Francisco repitió una y otra vez este aserto que tomo del texto que ahora publicamos: “la coherencia juega un papel muy importante, pues de nada vale que expongamos nuestras ideas si no están acompañadas con el ejemplo de vida”.

¡“El ejemplo de vida”, esas palabras, reiteradas varias veces por él, retumbaron especialmente entre los presentes! ¡Tanta falta hace entre nosotros la prevalencia de esa coherencia entre lo que se dice y lo que se hace! ¡Tantos seres llenos de falsía, de hipocresía, de mentira a quienes calzan perfectamente aquellas palabras!

Emocionado, al final, discretamente, me acerqué a Juan Francisco y le expresé mi deseo de que la Universidad APEC (UNAPEC), publicara esa conferencia junto a otro material de parecida factura que él pudiera aportarnos, a lo que respondió afirmativamente y unos días después me remitía estas cinco conferencias que hoy publicamos.

Con esta publicación, Juan Francisco Puello Herrera inaugura la participación de Directivos de APEC en el catálogo de publicaciones de nuestra Universidad. Con ella, más aún, abrimos la serie *Ética*, tan cara para nosotros, de nuestra colección POR UN MUNDO MEJOR.

En el camino, Juan Francisco me comentó que una iniciativa parecida a la mía había tenido, otro de esos dominicanos generosos que aportan su esfuerzo y dedicación en el escenario de APEC para hacer mejor nuestro país, Wilhelm Brouwer, quien también le había manifestado su interés, personal en ese caso, por promover una publicación con aquella conferencia.

Fue idea de Juan Francisco, que yo acogí con igual entusiasmo, la de invitar a Wilhelm a presentar esta obra, lo que hice de inmediato para recibir, pocos días después, no sólo su aceptación, sino también las palabras suyas que se adelantan a las del admirado autor, y que colocamos en la introducción de esta obra.

Si no fuera porque es norma de la Universidad que sus obras sean presentadas por el Rector, las palabras de Wilhelm bastarían para acompañar honrosamente estos trabajos. Vienen mis palabras, pues, con humildad, a escoltar a ambas y a expresar la felicidad y el orgullo que nos embarga por la oportunidad de enriquecer de esta manera el catálogo de publicaciones de nuestra institución, así como nuestro agradecimiento por tanta generosidad a estos dos dominicanos.

Es nuestra aspiración más sentida que esta publicación llegue a donde más utilidad tiene: a las manos de nuestros profesores y, sobre todo, de nuestros estudiantes, sin perjuicio del público en general, conscientes como estamos, partícipes como somos, de que la sociedad dominicana requiere con urgencia de mensajes como estos y, más aún, de ejemplos como este de Juan Francisco para salir con bien de estos días, así de difíciles, complicados, peligrosos como los que nos ha tocado vivir.

¡Que así sea!

Justo Pedro Castellanos
Rector de la Universidad APEC (UNAPEC)

Cinco conferencias magistrales de Juan Francisco Puello Herrera

Es con el mayor gusto que respondo a la honrosa invitación para hacer la introducción a la obra que abarca cinco excelentes CONFERENCIAS MAGISTRALES de mi admirado y entrañable amigo, el Lic. Juan Francisco Puello Herrera, abogado-notario, profesor universitario, intelectual, escritor, pero sobre todo un hombre de profunda fe cristiana, fe presente predominantemente en orden y claridad en todos los aspectos de su vida.

Mi admiración por Juan Francisco llegó a crecer aún más por la solidez, honestidad y profundidad de sus convicciones, así como por su admirable don de llegar al alma de sus oyentes, a través de sus conferencias. Para cada una escogió temas de gran incidencia, temas que impactan y sacuden las conciencias, y sus planteamientos tocan la fibra de lo que adolece nuestra sociedad de hoy. “Es la voz que clama en el desierto”.

“LA FRATERNIDAD Y LA DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS”

Conferencia Magistral del 14 de junio del 2006

Juan Francisco ve la mano de Dios en esta evolución hacia la fraternidad. Sin duda, la frase “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos, y dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros” es de inspiración Divina, y tiene como propósito el amor y la fraternidad entre todos los pueblos y razas. El mundo de hoy demuestra una realidad totalmente opuesta, pero el cristiano debe contribuir, trabajar y sacrificarse, para que nuestro mundo se acerque cada día más a este ideal.

“ CONSIDERACIONES ETICAS SOBRE EL ABORTO”

Conferencia Magistral del 5 de Mayo de 2009

En esta conferencia toca el delicado tema del aborto. Por supuesto, el autor cree firmemente que la vida humana, regalo de Dios, se inicia en el momento de la concepción. En el instante en que, por la unión de un hombre y una mujer, dos células se unen, cada una con su propio código genético, comienza el maravilloso proceso de la creación de un ser humano y una nueva alma de Dios. Intervenir cruelmente en este hermoso proceso es obsceno, frente a la criatura, frente a los padres, pero sobre todo frente a Dios.

El argumento de que la mujer tiene el derecho de decidir sobre su cuerpo es falso, ya que el feto no pertenece a su cuerpo, es el principio de un nuevo ser humano, que Dios y la naturaleza le han confiado a ella hasta que pueda vivir independientemente. Se trata de una creación de Dios que no puede ser intervenida para acabar en un cesto de basura.

“LA ALEGRÍA DE VIVIR”

Conferencia Magistral del 11 de mayo del 2009

En esta conferencia Juan Francisco nos da su receta para la verdadera felicidad, tal como él la encuentra en su propia vida privada. Dios y su bondad, su gloria y su promesa son la principal fuente de la alegría. Luego nos da, como si fuera un vademécum, reglas y consejos muy reales, y resalta que lo que más efecto tiene es dar felicidad a otros. Aconseja sonreír hacia la vida, viendo en ella un sacramento, un signo de que nuestra alma está abierta de par en par. Este pensamiento coincide con los dichos populares “Ríete y el mundo reirá contigo, llora y llorarás solo” Y otro que dice que “El mundo pertenece a los optimistas” sin duda inspiró a mucha gente que se benefició de este mensaje de optimismo.

“LOS VALORES MORALES DESDE LA PERSPECTIVA DE LA FE”

Conferencia Magistral del 27 de mayo del 2009

Esta conferencia resultó una verdadera joya. Es un tema de profundo contenido espiritual y social, e invita a la reflexión de cómo descubrir los valores que nos hacen crecer en santidad. Sin duda existe una profunda y áspera confrontación generacional, y el autor enumera todas estas contradicciones que dan lugar a una verdadera brecha entre los valores tradicionales y los de la nueva ola, el mundo de nuestra juventud. Pero de manera sorprendente revela que dichos conflictos ya fueron manifestados verbalmente por Sócrates (470-399 AC) y Herodoto (720 AC). Con esto demuestra que el choque de las generaciones definitivamente no se limita a nuestros días.

Los valores morales se concentran en la persona humana, y se fundamentan en la Revelación de Dios, dando una visión completa sobre nosotros mismos, enumerados in extenso por el autor. El hombre cristiano debe hacerse más consciente, cada día, del don recibido de la fe, y ser ejemplo y luz en una sociedad donde imperan el materialismo y la corrupción.

“LA EDUCACION PARA LOS NUEVOS TIEMPOS”

Conferencia Magistral del 11 de Junio 2006

El autor hace una clara distinción entre educar y enseñar. Se lamenta de que la educación, el perfeccionamiento del cuerpo y el espíritu, se encuentran en vías de extinción, causa de muchos de los males que aquejan a nuestras sociedades. Asevera que toda realización en el campo educativo, por difícil que sea, contribuirá de manera decisiva para alcanzar una sociedad más justa y equilibrada. Y en definitiva el rol de la familia es determinante, especialmente en la formación espiritual basada en nuestra fe cristiana.

*

Con estas cinco conferencias, Juan Francisco Puello ha hecho una inmensa contribución a nuestra sociedad, a cada padre y a cada educador. Escasas son las voces que, como él, ponen el dedo en la llaga, pero al mismo tiempo nos enseña el camino hacia, fruto de la esencia de su personalidad, su vasta experiencia y su profunda fe en nuestro Creador.

Wilhelm Brouwer

Los valores morales desde la perspectiva de la fe*

Introducción

Tratándose de un tema con un profundo contenido social y espiritual, creo necesario aclarar de manera amplia algunos aspectos antes de entrar en el fondo del mismo.

Lo primero es evitar caer en el error de criticar y denunciar para concitar la atención, de esto ya estamos cansados y sabemos que no construye. Lo importante es aportar soluciones, que reflexionemos para que juntos, podamos descubrir los valores que nos hagan crecer en santidad. Se trata, más que de instruir, de que despertemos.

Probablemente algunos de ustedes leyeron esta información que apareció en un diario nacional el 13 de diciembre del 2008, y que ya había visto en el internet, se trata del médico inglés Ronald Gibson quien comenzó una conferencia sobre conflictos generacionales, citando cuatro frases: “1ra. Nuestra juventud gusta del lujo y es mal educada, no hace caso a las autoridades y no tiene el menor respeto por los de mayor edad. Nuestros hijos hoy son unos verdaderos tiranos. Ellos no se ponen de pie cuando una persona anciana entra. Responden a sus padres y son simplemente malos. 2da. Ya no tengo ninguna esperanza de nuestro país si la juventud de hoy toma mañana el poder, porque esa juventud es insoportable, desenfrenada, simplemente horrible. 3ra. Nuestro mundo llegó a su punto crítico. Los hijos ya no escuchan a sus padres. El fin del mundo no puede estar muy lejos. 4ta. Esta juventud está malograda hasta el fondo del corazón. Los jóvenes son malhechores y ociosos. Ellos jamás serán como la juventud de antes. La juventud de hoy no será capaz de mantener nuestra cultura. Después de estas cuatro citas, quedó muy satisfecho con la aprobación que los asistentes a la conferencia daban a cada una de las frases dichas. Recién entonces reveló

* Conferencia dictada en Acción Pro Educación y Cultura (APEC) el veintisiete (27) de mayo de dos mil nueve (2009).

el origen de las frases mencionadas: la primera es de Sócrates (470-399 A. C.); la segunda es de Hesíodo (720 A. C.); la tercera es de un sacerdote del año 2000 A. C.; y la cuarta estaba escrita en un vaso de arcilla descubierto en las ruinas de Babilonia (actual Bagdad) y con más de 4,000 años de existencia. Padres y madres de familia: relájense pues siempre fue así...gracias a Dios”.

Si bien los conflictos generacionales siempre han existido, comentarios muy particulares que haremos describirán aspectos que desvalorizan la existencia. A propósito de esto, Antonio Gramsci (1891-1937) político, pedagogo, filósofo y teórico marxista italiano, entendía que los humanos tienden a pensar que la época en que les ha tocado vivir siempre es crítica, porque la ven más cerca y sufren las consecuencias en carne propia. Las crisis se producen, según Gramsci, cuando lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer.

El tema de los valores es difícil de tratar por su bipolaridad. Digamos que valor es la cualidad de un objeto que motiva que se le vea como necesario y deseable por un grupo o un individuo. La persona humana es el centro de los valores morales, de las normas de moralidad, de comportamientos dignos e indignos. Por esto existe la escala o jerarquía de valores. El mejor ejemplo de una elección jerarquizada de los valores lo constituye un médico, que al escoger su especialidad, lo hace atendiendo primero a si ésta afectará o no a su familia.

Los valores han sido objeto de varias clasificaciones; hay dos de estas bien interesantes. Por un lado Max Scheler filósofo alemán, refiere en su Filosofía de los Valores cinco criterios a la hora de preferir unos valores a otros, conforme la siguiente tabla: valores de lo agradable y lo desagradable (sentimiento de gozo o sufrimiento, sensación de placer o dolor); valores vitales (salud-enfermedad, juventud-vejez, vida-muerte); valores espirituales (estéticos (bello-feo), éticos (bueno-malo, justo-injusto), cognitivos (verdadero-falso, cierto-dudoso). Ortega y Gasset toma las ideas de Scheler y completa su clasificación, tomando en cuenta la materia de los valores y contravalores: útiles (capaz-incapaz, caro-barato, abundante-escaso); vitales (sano-enfermo, selecto-vulgar, fuerte-débil); espirituales (intelectuales, morales, estéticos); religiosos (santo-profano, divino-demoníaco).

Por su parte, los valores morales son cualidades objetivas y reales que interpelan a la libertad y la responsabilidad del ser humano para edificar su vida de acuerdo a lo bueno y lo justo frente al mal y a la injusticia.

Específicamente, los valores morales cristianos se fundamentan en la revelación de Dios que culmina en Jesús de Nazaret. Es esa revelación la que nos da una visión completa sobre nosotros mismos, sobre el hombre, sobre el mundo y sobre Dios. Entre estos se encuentran: el servicio, la protección al débil, el amor, el trabajo, la honradez, la cooperación entre los hombres, el perdón, la piedad, la sabiduría, el compartir, la igualdad básica de los hombres, el deseo de justicia, el deseo de paz, el deseo de progreso integral, la grandeza y superioridad del ser humano sobre las cosas y el poder, la vida comunitaria. Una persona es el centro de toda la moral cristiana: Jesucristo. Hay valores y contravalores, lo bueno y lo malo. A los que respondemos: eso es el valor moral.

No hay crisis de valores sino de valoraciones. El ser humano se valora poco, por eso se irrespeta a sí mismo. Valores como la solidaridad, autenticidad, fidelidad, bondad, agradecimiento, responsabilidad, libertad, amistad, belleza, paz, laboriosidad, justicia, no son tomados en cuenta en el momento de tomar decisiones trascendentes.

Se dice entonces que el ser humano es un proyecto a realizarse a través de toda su vida mediante el ejercicio de su libertad, debiendo tener en cuenta el derecho y la dignidad de los otros a la hora de tomar sus decisiones. Para seguir nuestra conciencia debemos formarla, lo que implica buscar unos valores básicos correctos que vayan dirigidos al bien y al desarrollo del ser humano, entiendo que desde la perspectiva del compromiso cristiano. De esto se deduce que las ideas básicas que nos sirven como eje en el razonamiento moral son los valores. Estos fundamentan la razón de nuestros actos, ya que son realidades o actitudes que consideramos importantes. ¿Qué padre o madre lo pensaría dos veces para dar la vida por un hijo? Entonces, ¿por qué descuidamos la enseñanza sobrenatural?

En cuanto a los valores tenemos que hacer una elección, es la razón por la que a los hombres a quienes las circunstancias permiten escoger su camino

en la vida, si no eligieran aquel cuya razón le presenta como el más digno de tener en cuenta, no merecen perdón. Aquí la coherencia juega un papel muy importante, pues de nada vale que expongamos nuestras ideas si no están acompañadas con el ejemplo de vida.

Termino esta atípica introducción de la siguiente manera: “La verdad es dulce y amarga -decía San Agustín. Cuando es dulce consuela y perdona, cuando es amarga cura”. Lo que se va a tratar es para todos, nadie está exento de fallas. Ernesto Sábato lo expresa mejor en su novela El Túnel cuando expresa: “...uno se cree a veces un superhombre, hasta que advierte que también es mezquino, sucio y pérfido. De la vanidad no digo nada: creo que nadie está desprovisto de este notable motor del Progreso Humano. Me hacen reír esos señores que salen con la modestia de Einstein o gente por el estilo; respuesta: es fácil ser modesto cuando se es célebre; quiero decir parecer modesto. Aun cuando se imagina que no existe en absoluto, se le descubre de pronto en su forma más sutil: la vanidad de la modestia (la simulación de la humildad es soberbia). La vanidad se encuentra en los lugares más inesperados: al lado de la bondad, de la abnegación, de la generosidad”.

Iniciemos, entonces, con nuestro tema.

Valores y nuevos retos

Siempre es un tiempo apropiado para ponernos en la presencia santificadora del Espíritu Santo, pedirle la sabiduría necesaria para encontrar a través de valores morales concretos, la auténtica felicidad que nos lleve a alcanzar la vida eterna.

En esa línea de pensamiento, Juan Pablo II explicaba que esos valores concretos hay que buscarlos en el Evangelio de Cristo, fuente de luz y discernimiento, capaz de ayudar a todo el mundo a adoptar posiciones frente a las manifestaciones y la saturación de informaciones sobreabundantes de la cultura moderna, para juzgarlos según la verdadera escala de valores. ¿Qué

mejor forma existe de iniciar una nueva vida habiendo recibido esos valores evangélicos con el apoyo del Magisterio de la Iglesia? El Concilio Vaticano II en su Declaración sobre la Educación Cristiana da una idea clara de la forma cómo el cristiano, no sólo debe madurar como persona humana, sino también, cómo debe hacerse más consciente cada día del don recibido de la fe. Se trata de un hombre nuevo en justicia y santidad de verdad, que sea un modelo para la sociedad, porque tiene a Cristo como guía.

El hombre y la mujer de fe, conscientes de su propia vocación y con su testimonio, deben crear las bases para que otros sean luz del mundo, aun con todas las mezquindades propias de los seres humanos. Sin importar la influencia negativa recibida de la sociedad y de los progenitores, muchas personas mantienen firmes sus principios morales contra viento y marea. En las personas que viven con autenticidad los valores morales está la esperanza que ayudará a crear las estructuras sociales, mediante las cuales, los valores naturales entendidos en la consideración integral del hombre redimido por Dios contribuyan al bien común, que es el fin de toda la sociedad.

El hombre y la mujer de fe deben estar conscientes de que sus vidas son un proyecto llamado a realizarse en el ejercicio de su libertad. Más que esto, por la gracia recibida de Dios debe tener en cuenta una regla de oro: “al tomar cualquier decisión debe primar el derecho y la dignidad de los que le rodean”. No se conoce a nadie que tenga una conciencia clara de sus compromisos sociales, si no ha sido formado para ello. Pero, para formar esa conciencia, hay que buscar los valores básicos concretos que apunten al bien y al desarrollo del ser humano a la luz del compromiso cristiano.

En la República Dominicana, que no escapa a una cultura de permisividad y tapadera de lo mal hecho, se impone, más que nunca, que las ideas básicas que regulen al hombre en su razonamiento moral sean aquellos valores que nos han sido revelados por Dios por medio a Jesús, que nos da la visión completa sobre nosotros mismos, sobre el hombre, sobre el mundo y sobre Dios.

Un buen ejemplo de lo anterior lo constituye la corrupción en todos los ámbitos ¿Cuestionar o tapar? He ahí el dilema que debemos plantearnos. Uno

de los mayores problemas que tienen las instituciones, o más bien quienes las dirigen, es que no cuestionan lo mal hecho. Simplemente lo ocultan, tapan y hasta “apadrinan”. Las críticas que se formulan a esta forma de comportamiento son variadas. ¿Por qué no se cuestiona desde la “cúspide” a aquellos cuyas actuaciones están reñidas con las buenas costumbres? Esta y otras preguntas surgen de esta premisa. ¿Es lícito valerse de un cargo público para amasar fortunas? ¿Cuáles son las normas aplicables cuando determinadas personas incursionan y se aprovechan de las “oportunidades de negocios” que se les presentan en instituciones gubernamentales, no benéficas y religiosas a las cuales dicen servir? ¿Cuán efectivos son los planes que existen en las distintas denominaciones religiosas para las víctimas de abuso sexual? ¿Es medido con la misma vara un pobre que un rico cuando comete un acto indecoroso en una comunidad cristiana? ¿En orden a imponer sanciones por acoso sexual, es juzgado con la equidad que requiere cada caso, uno que tenga un “enllave” en las altas esferas de la institución que se trate y otro que no la tenga? ¿Ocupar un puesto como dirigente apostólico es una licencia para tener una doble moral? ¿Cuando se trata de anular un contrato matrimonial influye la posición social y las relaciones para que los impedimentos que lo regulan sean acomodados a las circunstancias y las influencias? ¿En qué categoría se coloca a los que, abusando de su poder, permanecen todavía confundiendo a aquellos que creen guiar? ¿Es correcto que alguien se autodenomine guía espiritual o social, siendo un mal ejemplo para los demás? ¿Es válido moralmente darle categoría de dirigentes apostólicos a gente que, fuera de los movimientos religiosos, tiene una vida cuestionada por sus relaciones con personas condenadas por los tribunales por actos de corrupción? ¿Cómo explicar la actitud antes y después de dirigentes de instituciones no benéficas sobre las donaciones que han recibido de empresas que han sido liquidadas por su mal manejo económico? Con espíritu crítico y corazón contrito cada uno de los que tenemos la responsabilidad de denunciar estos males debe analizar, a profundidad, hasta dónde las culpas derivadas del pecado social son consecuencia de nuestra desidia. Parfraseando a Carlos G. Vallés, a pesar de todo somos parte de una sociedad que queremos con sus defectos e iniquidades. Nos duele lo que vemos, pero no hacemos nada para remediarlo.

Es tiempo propicio para no dejarse arrastrar de los anti-valores que amenazan seriamente las reglas de convivencia. La vida fácil, la adicción a la televisión y el internet llenos de programas e informaciones con un contenido cuestionable y alienante, la pornografía, la ausencia de sacrificio, la droga, y el no comprometerse, que resulta a mediano plazo causa eficiente de las rupturas conyugales y, por consiguiente, de la desmembración de la familia, son algunos de los factores negativos que tenemos que enfrentar.

Insisto en que la permisividad ha sido la causante de que el hombre de la “nueva era” se haya convertido en una veleta, sin que tenga un punto concreto de referencia, ni nada que lo frene, con tal de que le produzca placer, y más que esto, que le parezca bien y lo haga sentir bien. La inconstancia y la ausencia de un comprometerse seriamente es un nuevo estilo de vida. Hacia eso apuntan, y es lo que quieren evitar, los valores morales. Se aprende siendo fiel a ellos, que las cosas pequeñas por más insignificantes que parezcan tienen sentido cuando con ellas construimos un mundo mejor. Se aprende a través de los valores morales que las reglas de convivencia no son letra muerta, sino la mejor forma de permanecer unidos en la paz.

La doctrina cristiana nos recuerda que toda la moral gira en torno a valores específicos que tienen como centro a la persona de Cristo: el servicio, el amor, la honradez, el perdón, el compartir, la vida comunitaria, la grandeza y superioridad del ser humano sobre las cosas y el poder. Estos son parte de los tantos valores morales que debemos cultivar.

Gustavo Villapalos y Alfonso López Quintás, en el Libro sobre los Valores, describen lo que quiero expresar: “Los valores se pueden entender de dos maneras: pueden tener, como se dice ahora, al menos «dos lecturas» como algo “self-service” que cada cual se crea a su gusto y capricho, para jerarquizarlo luego según los propios intereses y tratar de afrontar así la vida (eso, más que valores, son utilidades); o como lo son en la concepción cristiana de la vida: destellos de un mismo esplendor, el de la verdad que hace libre a los hombres y se hace justicia o libertad, o fidelidad u honradez, pero que es indivisible, fruto de una misma y vital raíz, y que no tiene el menor sentido si se vive con

dobletes, el pasarla bien; o con la cultura del “aquí no pasa nada”; que hoy vale pero mañana no, que para esto se tiene en cuenta pero no para aquello, en una incoherente doble moral de convivencia antihumana porque su centro y médula no es lo único que puede y tiene que ser: la persona humana. Entendido así, en esta realista, enriquecedora y humana dimensión, los valores no se imponen, no pueden imponerse, atraen por sí mismos”.

Es cierto, los valores no se imponen; resultan del rico desempeño que pongamos para cultivarlos conforme las enseñanzas que recibimos. Lo que hay que evitar es tener el perfil del hombre *light* que describe acertadamente Enrique Rojas, al hablar de una vida sin valores: “Se trata de un hombre relativamente bien informado, pero con escasa educación humana, muy entregado al pragmatismo, por una parte, y a bastantes tópicos, por otra. Todo le interesa, pero a nivel superficial; no es capaz de hacer la síntesis de aquello que percibe, y, en consecuencia, se ha ido convirtiendo en un sujeto trivial, ligero, frívolo, que lo acepta todo, pero que carece de unos criterios sólidos en su conducta, todo se torna en el etéreo, leve, volátil, banal, permisivo. Ha visto tantos cambios, tan rápidos y en un tiempo tan corto que empieza a no saber a qué atenerse o lo que es lo mismo, hace suyas las afirmaciones como: “Todo vale”, “Qué más da” o “Las cosas han cambiado”.

De esa manera, podemos encontrarnos con un buen profesional en su rama, que conoce bien la tarea que tiene entre manos, pero que fuera de ese contexto va a la deriva, sin ideas claras, atrapado -como está- en un mundo lleno de información que le distrae, pero que poco a poco le convierte en un hombre superficial, indiferente, permisivo, en el que se anida un gran vacío moral. Ese gran vacío moral que tiene el hombre lo lleva a abandonar los proyectos en los que puede fundamentar los verdaderos valores, buscando excusas que no responden a criterios definidos y bien fundamentados, justificadores de su desidia y falta de voluntad. Entonces cae en el más penoso de los males: la irresponsabilidad que lo lleva a ser una persona inconstante y falto de caridad. Se puede decir con otras palabras que es “un barco que no tiene timonel”.

Bernabé Tierno, en su guía para Educar en Valores Humanos, nos recuerda que educar para los nuevos tiempos debe implicar:

- que tratemos a cada hijo como persona diferente, independiente y libre;
- aceptar la individualidad que es sagrada, y permitirle ser él mismo;
- estar atento para reforzar y alentar cuanto de positivo tenga el educando;
- sugerir, contagiar con el ejemplo vivo el valor que se quiere desarrollar;
- actuar siempre desde la madurez, desde la coherencia interna, desde la propia verdad, ofreciendo lo mejor de nosotros mismos sin alardes;
- actuar de forma sincera, abierta y honesta, compartiendo con los hijos con naturalidad y sencillez nuestra vida;
- dialogar (claridad, afabilidad, confianza y prudencia pedagógica), respetar, amar ejerciendo la autoridad sin violencia y con firmeza, pero en un contexto cálido de ternura y amor de padres.

Tener un concepto claro de la fe

Si existe una expresión que es rica en su contenido es la fe. La fe es sinónimo de confianza, fidelidad, creer. En el uso profano es dar crédito a algo o a alguien. Lo que suscita la confianza es fe, confianza que uno pone en práctica en la medida que damos crédito a lo que decimos profesar. Desde esa perspectiva, es fiel aquel que se compromete mediante la palabra dada, en cambio el infiel traiciona sus promesas y la palabra empeñada.

Hablar sobre la fe constituye un reto a las aspiraciones que tenemos en nuestra proyección humana. Por eso, el hombre de fe se constituye como tal “en” y “por” la relación interpersonal con los otros hombres. En esa relación, la fe es el centro y la que lo envuelve todo.

En la relación humana, juega un papel importante el conocimiento natural, mediante el cual, el hombre, a través de sus experiencias y vivencias, va creando las bases en que sustentará sus creencias, cuyo componente esencial es la fe. En todo este proceso, surgen las ideas racionales, que permiten tener un mayor grado de conocimiento, pero sin anular ni sustituir las creencias que podamos tener. De nada vale que tengamos razones de sobra, si no están apoyadas por la aceptación del testimonio; en otras palabras, lo que la persona diga de sí misma.

En el creer está la clave para entender el valor que tiene un testimonio, ya que la fe es signo de confianza. Confiar en el otro, es permitirle ser parte importante de la vida de cada cual. Sin fe sería imposible la relación personal, e incluso, el desarrollo histórico de la sociedad. En estos tiempos, pocos depositan su confianza en el otro, la confianza es una expresión en vías de extinción. Por eso el mundo se encuentra en un estado de zozobra permanente.

José Ingenieros, escritor que tuvo su época de esplendor a principios del siglo pasado, principalmente con sus ideas plasmadas en *El Hombre Mediocre*, nos dice sobre la fe: La fe es la antítesis del fanatismo. La falta de creencias cálidamente cimentadas convierten al mediocre en fanático. La fe se confirma en el choque con las opiniones contrarias; el fanatismo teme vacilar ante ellas e intenta ahogarlas. Mientras agonizan sus viejas creencias, Saulo persigue a los cristianos, con saña proporcionada a su fanatismo; pero cuando el nuevo Credo se afirma en Pablo, la fe le alienta: enseña y no persigue, predica y no amordaza. Muere él por su fe, pero no mata; la fe es tolerante: respeta las creencias propias en las ajenas. Es simple confianza en un ideal y en la suficiencia de las propias fuerzas. La fe es de visionarios y el fanatismo de siervos. La fe es llama que enciende y el fanatismo es ceniza que apaga”.

Hablar del hombre y la mujer de fe es una forma de ver al ser humano al ritmo como marchan los nuevos tiempos. Siempre es buena la oportunidad para hablar de ello, porque el hombre progresivamente se ha ido inscribiendo en una absoluta desconfianza y por lo cual se pone al servicio de su propio yo. Por esto, se hace necesario distinguir lo que caracteriza la fe humana y la fe cristiana, para saber cuáles son las exigencias que tiene el hombre de hoy, y

sobre todo, aquel que tiene conocimientos más allá de los naturales. En esta nueva época de promesas de perfeccionamiento, de calidad total, de luces mágicas, de destellos de globalización-privatización y de todo cuanto se anuncia en el porvenir histórico de la humanidad, es preciso tener muy claro todo cuanto se refiere a la fe.

La fe humana introduce a la fe cristiana, debido a la aceptación y el encuentro con la persona, pero la fe cristiana establece una relación personal entre el hombre y Dios. La fe cristiana va más allá de conocer algo, es un don de Dios. De ese modo, la fe cristiana trasciende el campo del “ver para creer”, en la que damos respuesta a nuestras interrogantes mediante una decisión libre y personal, desde la dimensión de un don y una gracia que recibimos de Dios. San Pablo lo dice, de una manera fácil de entender, en su Segunda Carta a los Corintios 5,7: “Caminamos en fe no en visión”. No olvidemos que el componente principal de la fe cristiana es la gracia de Dios. De ahí que el hombre de fe es aquel que, haciendo uso de su libertad, tiene la certeza absoluta sobre algo, manifestado mediante un acto de entrega que tiene a Dios por Verdad Suprema. En otras palabras, la fe es para vivirla en tiempo presente, sin olvidar que, en virtud de la encarnación, Cristo se ha unido en cierto modo a todo hombre que es un ser sacramental, que en el campo religioso expresa sus relaciones con Dios en un conjunto de símbolos y signos.

La fe ante el fenómeno de la globalización

Las metas y actitudes que tengamos deben orientarse a sentir la presencia permanente y misteriosa de Jesucristo, que llevan a un compromiso de vida, capaz de promover el bien común para que exista una sociedad más justa y humana. Todo ser humano tiene aspiraciones que canaliza como mejor le parece, a través de metas específicas y actitudes que tiene frente a los demás. Pero, ¿cuáles son esas metas? El mundo actual se ha caracterizado por orientarse hacia una globalización que pretende ser la panacea a todos los males que padecemos, en especial para los países más necesitados. Juan Pablo II advertía sobre las consecuencias negativas de esa globalización mal entendida que se rige por las leyes del mercado, aplicadas según las leyes de los poderosos.

Son muchas las personas que se sienten atraídas por esta corriente innovadora de la globalización y bailan a ese ritmo, sin darse cuenta de que van perdiendo su identidad cultural, en busca de metas que sólo conducen a darle un valor absoluto a las cosas, en desmedro de los verdaderos valores en que deben sustentar sus principios morales. La tendencia a globalizarlo todo es un fenómeno que se ha extendido a todas partes del mundo, dada la efectiva comunicación que existe, al punto que se ha acuñado el término de aldea global.

La globalización, como fenómeno social, ha calado de tal modo que bajo la consigna de alcanzar logros en el campo de la superación personal y profesional, ha hecho que se pierda el sentido de comunidad y de responsabilidad. Esto ha traído como consecuencia que muchas personas, en especial los jóvenes, se lancen a la búsqueda de metas concretas, sin respetar las reglas elementales de la buena convivencia, sin tener en cuenta que lo que debe primar es realmente una cultura globalizada de la solidaridad, apoyada en el respeto a la dignidad humana, evitando el dominio de los más fuertes sobre los más débiles.

El hombre y la mujer de fe pueden alcanzar metas específicas y fijar su mirada en los nuevos tiempos, pero sin que nadie resulte perjudicado en esa carrera por lograr sus objetivos. No se puede olvidar que para alcanzar algo en la vida hay que vivir con autenticidad, con la mirada fija en una renovación constante en la forma que se enfrenten los nuevos retos que se presenten, para llegar a nuestro destino final sin causar daño a nadie y sin el lastre de la incompreensión que cierra el paso al espíritu comunitario y a la solidaridad. El hombre y la mujer de fe deben estar conscientes de que sus metas deben ir dirigidas a poner todo el empeño y dedicación al conocimiento de sí mismos, para que una vez definidas, sean el espacio para construir un mundo mejor.

Son muchos los que creen que los elementos intelectuales bastan para determinar la orientación en la vida, nada más falso. La firmeza de una persona está en los sólidos cimientos de su cultura y la luz en su elevación moral. El verdadero hombre y mujer de fe deben proponerse desterrar de su vida la individualidad y el personalismo. Lo que todo hombre y mujer de fe deben

perseguir es la llave que abre las puertas para lograr los demás objetivos que se proponen alcanzar en la vida. Todo lo que es nuestra vida al servicio de Dios y los demás se resume en la palabra amor. Es más que esto, es amor-perdón, porque perdonamos cuando amamos y amamos en la medida que tengamos la capacidad de perdonar.

En Siglo Nuevo Vida Nueva, Carlos G. Valles advierte sobre el futuro que nos espera: “El gran peligro que nos acecha es el del conformismo cultural. La moda impuesta, forzada, aceptada, seguida por la mayoría con resignación creciente e inconsciencia culpable. Esa es la tentación del milenio. Conformarse culturalmente a las formas de la antiestética prevalente por timidez, por pereza, por miedo, por inseguridad, por debilidad, por falta de personalidad, por la necesidad de encontrar aceptación, integración, comodidad entre un grupo de personas que por dentro piensan lo mismo que él y necesitan apoyarse todos en algo que en el fondo a todos desagrada. Aplaudamos todos debidamente al final de la representación que no ha gustado a nadie y sigue la farsa. Luego se forma costumbre entre gente que solo oye y ve los productos de la antiestética, y se debilitan cánones que tanto bien hicieron a tantos, pudiendo llevarlos hasta su desaparición. Ese es el peligro”. Expresiones como la siguiente dan la razón a Vallés, cuando se promociona en la radio y la televisión doméstica un reguetón cuya letra dice: “Yo soy un perro, soy un mamífero, quiero que me des tu culo”; o en una guagua “voladora” que circula por las calles de Santo Domingo, en la que aparece este letrero en el vidrio trasero: “Suéltame de nuevo en banda que soy el mismo macho”.

Pero también Vallés nos da la solución al peligro: “Si esa es la tentación del milenio, la solución está en la libertad, la elegancia, el atrevimiento, el lujo intelectual y el deber cultural de ser distinto. El profeta del siglo que viene es quien en cualquier campo, terreno, ideología, rama del saber, actividad profesional, ambiente de esparcimiento o pauta de conducta, sabe y puede y quiere ser él mismo o ella misma con toda la responsabilidad del mundo y toda la alegría de su conciencia. Imaginación, creatividad, libertad son las grandes virtudes de este siglo. Con eso rubrico mi convicción más profunda de cambio de siglo”.

El precio de la felicidad

Ante este panorama nos preguntamos ¿cuántas personas buscan afanosamente la felicidad en bienes perecederos y no la encuentran? La respuesta a esta pregunta sólo es posible encontrarla en la riqueza que ofrece gratuitamente la Palabra de Dios.

Parecería que en este mundo, pocos se detienen a pensar que la insatisfacción no conduce a nada bueno. Todos luchamos por alcanzar una mejor forma de vida, pero muchas veces esa actitud convierte la libertad que la sustenta en una cruel esclavitud. Una persistente inadecuación por alcanzar metas más altas produce en las personas un cambio de mentalidad que genera un profundo sentimiento de egoísmo. Sobran las justificaciones cuando alguien quiere situarse entre los límites de la humildad y la codicia. El servicio a Dios es incompatible con el amor a las riquezas. Nadie es capaz de encontrar la felicidad que ansía cuando pone toda su confianza en amasar fortunas y hacer de estas la razón de su existencia.

Aquellos que han tenido la experiencia de un Dios que es su apoyo, amigo fiel e incondicional, saben lo que significa depositar su confianza en el Único que puede resolver los problemas que se presenten. En Dios se encuentra la seguridad y el medio perfecto para que nadie tenga jamás motivos de qué preocuparse. La verdadera alegría no se consigue a fuerza de tener más, porque, ¡Ay de aquél que pone su confianza en el dinero!

No tiene sentido alguno la obsesión por acumular, el afán por colocarse en una posición donde la pobreza no le alcance. Una decisión de esa naturaleza constituye la forma más segura de llegar a ser pobre. Cada día que pasa en la vida de una persona que busca su propia seguridad es un eslabón que lo lleva a la cima de su desgracia. La persona que elige como afición principal acrecentar su fortuna e incrementar sus placeres en la tierra, no sólo hace de ellas su ideal, sino que las diviniza.

Todo aquel que quiera estar en sintonía con la fe que dice profesar debe saber que existe un abismo que separa al hombre de Dios, cuando este decide elegir como medio de transporte en su peregrinar en esta tierra el tener y el poseer, para trillar el camino de la felicidad. No existe mayor error que éste. Nada saldrá bien por ese camino, porque el peligro acecha en cada trayecto del mismo, contribuye a desestabilizar más que armonizar, ya que la “acumulación no aplaca el ansia de seguridad, la exacerba”.

Sostengo que la forma más segura de obtener la felicidad es recurriendo a la esencia del cristianismo, y no hay mejor manera de hacerlo que penetrar en el espíritu mismo de las bienaventuranzas, tal como las expone san Mateo en su Evangelio (véase 5,1-11). Alguien, refiriéndose a las bienaventuranzas, las llamó las ocho locuras que resumen el mensaje de Cristo. En ellas se encuentran el programa completo para vivir cristianamente y los principios de una actitud digna de espera a los llamados nuevos tiempos.

El secreto para entender el programa de vida que Jesús nos ofrece por medio a las bienaventuranzas está en buscar la felicidad a través de su ejemplo, que es fiel reflejo de lo que Él proyectó en su vida. La felicidad no se consigue acumulando riquezas, lo que conlleva de ordinario el afán de lucro y, con esto, el poder, sino a través del amor y de sentirse amado. Ser pobre, manso, humilde, entregado, misericordioso, limpio de corazón, pacífico y sacrificado, no es en apariencia un buen negocio para nadie, ya que erróneamente se cree que esto no produce la felicidad. Sin embargo, es la única forma para alcanzar la verdadera alegría. Ante todo, teniendo en cuenta la seria advertencia que nos hace Jesús: “ ¡Ay de ustedes, los ricos, porque han recibido su consolación! ¡Ay de ustedes, los que ahora están repletos, porque tendrán hambre! ¡Ay de ustedes, los que ahora ríen, porque gemirán y llorarán! ¡Ay cuando los alaben todos los hombres! Igual hacían sus padres a los falsos profetas.” (Lucas 6,24-26)

La competencia hecha voracidad

La globalización es uno de los principales retos que estamos llamados a enfrentar en este milenio. No es un secreto para nadie que se ha desatado en el mundo una “epidemia” denominada globalización-privatización que destruye, a su paso, a las clases menos pudientes. Este enfoque ha generado una especie de insensibilidad social que no permite apreciar las necesidades que sufren los más próximos. El afán de poseer, el de abarcar más de lo que se puede y permite el buen juicio, se ha convertido en el principal pasatiempo de un grupo selecto de personas que ven, en esa actividad, un medio para distraer y acallar su conciencia, ante tanta injusticia exhibida en la vitrina de las ambiciones.

Es tan grande la ambición de riquezas materiales que bajo la excusa de una supuesta seguridad económica, cada día se respeta menos lo que a fuerza de sacrificios y honestamente han conseguido otros, violando flagrantemente las más elementales normas que rigen el buen comportamiento, la solidaridad y el respeto. Más que vivir, subsistir apegado a principios morales en esta “sociedad moderna” se ha tornado cada vez más difícil, debido a la falta de caridad que acusan sus miembros más connotados.

El acaparamiento, la diversificación de funciones y medios para producir más dinero, ha servido de acicate a muchas personas, para “serruchar el palo” a cualquiera que se interponga en su camino, sin importar que sea “grande o chiquito”. Toda esta competitividad está sustentada bajo el criterio de que se requiere de un gran volumen de trabajo que haga sentir la embriaguez que producen los primeros puestos.

Expresar en términos cuantitativos todo el daño que producen las iniciativas “empresariales” antes señaladas, cobijadas al amparo de un nuevo orden mundial, realmente no tiene punto de comparación. Sobre todo, en orden al desafío que representa para una parte de la sociedad que no tiene acceso al “pastel” que se reparten unos pocos, donde cada vez le resulta más difícil sujetarse a estos esquemas impuestos por una clase dominante y carente de sensibilidad social.

El grito angustiado de muchas personas que ven disminuidas sus fuerzas e ingresos, bajo esta ofensiva despiadada de una “new generation” es: ¿Cuál será nuestro futuro de cara a estos nuevos tiempos? No existe la menor posibilidad de que los más pequeños sobrevivan, porque a esto se agrega la infortunada noticia, que bajo los términos del sistema globalización-privatización ya instaurado, no hay cabida para los que no gozan del privilegio de contar con un sello de “luxe” que garantiza, aun teniendo los vicios propios de este tiempo, la calidad del trabajo realizado.

Determinadas clases sociales se protegen, esta es una verdad incuestionable, pero cuando estas mismas clases juegan a monopolizarlo todo y crear infraestructuras comerciales y profesionales, olvidando que otros tienen derecho a vivir, independientemente de dar una estocada mortal a las aspiraciones de progreso a que tiene derecho toda persona, violan una regla de oro del cristianismo: “Traten a los demás como quieran que ellos les traten a ustedes, porque en esto consisten la ley y los profetas” (Mateo 7,12).

A propósito de la conciencia

No se puede olvidar que la conciencia, junto a los valores, la libertad y la ley forma parte de los elementos básicos del acto moral. Estos permiten al ser humano asumir, responsablemente, sustentado en criterios definidos, las consecuencias de las opciones que toma, sean estas buenas a malas, y que caen dentro de las normas de moralidad.

En el ámbito de las normas de moralidad, existe una norma subjetiva y otra objetiva. La subjetiva es la conciencia, mediante la cual, haciendo uso de su libertad, el hombre es responsable, estando consciente de los valores que entran en juego. Existe una voz interior que llamamos conciencia, que cuestiona sobre lo bueno o lo malo de las actuaciones.

Por otra parte, la norma objetiva de la moralidad es la ley, que constituye un freno al mundo subjetivo de la conciencia, evitando un acendrado individualismo. De este modo, la conciencia es una especie de tribunal interior que nos cuestiona sobre lo bueno y lo malo. Por esto, la conciencia hay que formarla buscando unos valores básicos correctos, que busquen el bien y el desarrollo de la persona. Esos valores básicos, para mí, son los morales, que los cristianos fundamentamos en la Revelación de Dios, y culminan en Jesús de Nazaret.

El hombre y la mujer de fe no pueden justificar sus actitudes egoístas bajo la excusa de una conciencia que quiera disciplinar con la línea del menor esfuerzo. Eso no fue lo que quiso Dios al crear el ser humano. La Palabra de Dios reconoce la existencia de la conciencia en el interior del hombre y siempre la relaciona con Él. Esa conciencia es la moral formada a la luz de la voluntad de Dios, aceptada por la fe y vivida en caridad por los hermanos.

De ese modo, no cabe hablar en el lenguaje cristiano de que la conciencia pueda convertirse en matriz de lo religioso, en la que el hombre se eleve a un nivel superior y que su yo coincida con el ser cósmico y divino, donde todo esté orientado hacia la conciencia, dejando a un lado la idea de un Dios personal y único.

Tenemos la dicha de que en nuestra vida podemos optar por navegar sin temor de ir a la deriva o naufragar, ya que hay una brújula que nos orienta: son los valores que hayamos adquirido durante el desarrollo de la vida cristiana. Pero más que eso, tenemos un Capitán que es Jesucristo, que si queremos se puede convertir en el centro de nuestra vida. Sólo hay que dejarse llevar de su enseñanza y jamás torcer la vocación de servicio a la que hemos sido llamados.

He sostenido, aunque parezca raro, que la mayoría de los cristianos no cree en la vida eterna, porque si creyeran no hicieran tantos disparates. Si tan sólo un cuarto de la población cristiana (creyentes), hiciera suyo los valores evangélicos, estoy seguro de que tendríamos un mundo diferente.

Pidámosle siempre a Dios darnos “mirada vigilante y mano firme para llegar a nuestro destino sin causar daño a nadie”, para que nunca zozobremos en el mar de las cosas superfluas que nos ofrece el mundo. ¡Mantengámonos firmes con los pies en la tierra, pero siempre con la mirada en el cielo!

Referencias bibliográficas

Concilio Vaticano II, Documentos completos, Bogotá: San Pablo, 1997.

Iglesia en América. Exhortación apostólica, Juan Pablo II. Santo Domingo: Ed. MSC, 1999.

Ingenieros, José. El hombre mediocre, Ed. Porrúa, México, 1997.

Goleman, Daniel. La inteligencia emocional, Ed. Verlap, Buenos Aires, 1996.

Rojas, Enrique. El hombre light, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1996.

González V., Carlos. Siglo nuevo, vida nueva, Ed. Sal Terrae, Santander, 1998.

López Q. Alfonso; Villapalos S., Gustavo. El Libro de los valores, Ed. Planeta-Testimonio, Barcelona, 1997.

La educación para los nuevos tiempos*

Coincide este encuentro con el día de Corpus Christi, día que se dedica a honrar de un modo especial a Jesucristo Sacramentado; celebramos hoy, como en la Eucaristía, el amor de Cristo, que expresa la naturaleza de Dios, pero esta fiesta no se ve entristecida como la del jueves santo por las sombras de la inminente pasión de Jesús, sino que el sol de la Eucaristía brilla con todo su esplendor, en la que Jesús se pasea triunfalmente por las calles y recibe el perfume de las flores que deshojan a su paso. La fiesta del Corpus Christi o Corpus Domini se introdujo en occidente en el s^{glo} XIII, Jesús se lo inspiró a una humilde religiosa de Lieja, Bélgica, Juliana de Mont-Cornillon en el año de 1264; y el Papa Urbano IV recogió la inspiración y la instituyó.

Me han pedido que les dirija un mensaje sobre la Educación para los nuevos tiempos en más o menos doce minutos. Tratándose de un tema tan importante, acepto el reto, más partiendo de la premisa de que la educación, concebida como un hecho universal e histórico, nació con la humanidad sin haber existido reflexión previa para lograrlo. Es importante responder antes a dos preguntas: cómo educar, que es el origen de la pedagogía (del griego paidós), quedando claramente señalado la infancia como comienzo de la educación; y cómo enseñar, que es la didáctica, concebida ya como noción de ciencia. Desde entonces, la pedagogía y la didáctica van unidas, como si fuera el anverso y el reverso de una misma moneda.

Coinciden los pedagogos en señalar que “la educación tiene la misión de permitir a todos, sin excepción, hacer fructificar sus talentos y todas sus capacidades de creación, lo que implica que cada uno pueda responsabilizarse de sí mismo y realizar su proyecto personal”. La educación es algo distinto, pero complementario a la procreación, y se adquiere a partir del nacimiento.

* Conferencia dictada en la parroquia San Antonio de Padua, en Santo Domingo, el once (11) de junio de dos mil nueve (2009).

Está implícito en la educación, por una parte, la idea de formación y de perfeccionamiento, tanto en lo físico como en lo espiritual; los aprendizajes positivos hacen mejores a las personas, porque no existe la mala educación, sino en todo caso la falta de ella; por otra, la idea de algo específicamente humano, en las que la inteligencia y la voluntad son las que la hacen posible. La buena educación es una de las manifestaciones más genuinas de la verdadera caridad, y que hoy, lamentablemente, se encuentra en vías de extinción.

La educación conlleva un proceso personal de formación, lo que implica, que este proceso se realice en cada persona humana. Al educar contribuimos con el desarrollo coherente e integral de la persona a quien se educa, contribuyendo a que se den las condiciones necesarias tanto personales, ambientales, como materiales para que se desarrollen adecuadamente. Es importante la distinción entre educación y acción educativa, ya que la primera tiene que ver con el proceso de perfeccionamiento, mientras que la segunda guarda relación con la influencia externa ejercida sobre la persona, a fin de favorecer su perfeccionamiento de alguna manera. En consecuencia, la educación desde la perspectiva de los educandos (hijos) es un proceso y, desde el ámbito de los educadores, una acción. Por esto es imprescindible conocer esa diferencia si se quiere educar con responsabilidad, puesto que, para poder asumir esa responsabilidad de orientar en la educación de otro, hay que saber cómo debe realizarse esa acción educativa. Ésta sólo será efectiva en la medida que conozcamos a nuestros hijos, partiendo de sus necesidades, compartiendo sus experiencias para poder aquilatarlas, evitando que se dejen arrastrar por las influencias negativas y, sobre todo, siendo ejemplo para ellos de que es posible una formación humana, aun con todas las desinformaciones que reciben directamente del ambiente social en que se desenvuelven y de los medios de comunicación convertidos, muchas veces, en el principal obstáculo para una buena formación integral de la persona.

Se dice con sobrada razón que si el hombre es fundamentalmente un animal social, la educación es el proceso que permite a cada individuo formar parte constitutiva de la sociedad, proceso que empieza en la familia, continúa en la escuela y se prolonga durante toda la existencia. De manera más precisa, la educación es un proceso intencional que pretende el perfeccionamiento del

individuo como persona y la inserción de éste en el mundo cultural y social en el que desenvuelve.

En la Declaración sobre la educación cristiana, el Sagrado Concilio establece: “Así pues, hay que ayudar a los niños y jóvenes, teniendo en cuenta el progreso de la psicología, pedagogía y didáctica, a desarrollar armónicamente sus cualidades físicas, morales e intelectuales a fin de que adquieran gradualmente un sentido más perfecto de la responsabilidad en el recto y laborioso desarrollo de su propia vida y en la consecución de la verdadera libertad, superando las dificultades con constancia y grandeza del alma”.

La realización en el campo educativo, por demás tortuoso y complicado, contribuirá de manera decisiva a la búsqueda de soluciones para que exista una sociedad más justa y equilibrada. Esto no podrá llevarse a cabo sin revalorizar los aspectos éticos y culturales de la educación, con la finalidad de proveer a cada cual de los medios que hagan posible vencer la intolerancia, poniendo a su alcance la posibilidad de comprender al otro en su individualidad y comprender, asimismo, a un mundo cada vez más caótico y competitivo.

Desde esa perspectiva, cabe entonces referir los cuatro pilares presentados como las bases de la educación, tal como han sido presentados a la Unesco, en un informe, por la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI:

a) Aprender a vivir juntos, conociendo mejor a los otros, su historia, sus tradiciones y su espiritualidad, y a partir de esto, crear un espíritu nuevo que impulse la realización de proyectos comunes o la solución inteligente y pacífica de los inevitables conflictos que se presentan.

b) Aprender a conocer, teniendo en cuenta los rápidos cambios que surgen de los avances de la ciencia y las nuevas y variadas formas de la actividad económica y social (cultura general + estudio a fondo de un número reducido de materias = pasaporte de educación permanente que supone un aliciente y sienta las bases para aprender toda la vida).

c) **Aprender a hacer**, no limitándose a conseguir el aprendizaje de un oficio; sino adquiriendo una competencia que permita hacer frente a numerosas situaciones, y que facilite el trabajo en equipo.

d) **Aprender a ser**, mediante una autonomía y capacidad de juicio, llevado de la mano y fortalecido con la responsabilidad personal en la realización del destino colectivo. Acompañado por una obligación de explorar los talentos que, como tesoros, están enterrados en el fondo de cada persona: la memoria, el raciocinio, la imaginación, las aptitudes físicas, el sentido de la estética, la facilidad para comunicarse con los demás, el carisma natural del dirigente (comprenderse uno mismo).

La educación tiene que adaptarse en todo momento a los cambios de la sociedad, sin que esto conlleve dejar de transmitir el saber adquirido, los principios y los frutos de la experiencia. La verdadera educación intenta la formación de la persona humana en el orden a su último fin, al bien de las sociedades de las que el hombre es miembro y en cuyas responsabilidades tomará parte cuando sea adulto.

No procede, como tampoco es aconsejable, que se vea la enseñanza como aprendizaje de conocimientos, habilidades y capacidades instrumentales, en función de la competencia que requiere cada sociedad. Insisto en esto y quiero ser repetitivo, por la importancia que tiene este concepto. La nueva cultura de la educación valora el concepto mismo de saber, que tiene menos de aprendizaje de conocimientos clasificados y codificados, que de adquisición de una sabiduría original y creativa que se despliega, repito, en cuatro actividades:

el saber, que aprende a aprender, con el fin de aprovechar las posibilidades que ofrece la educación a través de toda la existencia;

el saber hacer, para poder influir sobre el propio entorno y adquirir una competencia que capacite al individuo para hacer frente a las situaciones que se le presenten;

el saber ser, con el fin de contribuir a la realización personal en todas las dimensiones del ser humano, desde la corporal hasta la espiritual y religiosa, con creciente capacidad de autonomía y de responsabilidad personal;

el saber convivir, para participar y cooperar con los demás en todas las actividades humanas, realizar proyectos comunes y prepararse para tratar los conflictos.

Para tener un concepto claro de la educación para los nuevos tiempos, es preciso que hagamos conciencia, de que debemos educar para tiempos de riesgo, que consiste en crear sociabilidades (trato o relación con los demás) o en consolidar las ya existentes, cuando estas son frágiles.

Señala Joaquín García Roca en “La educación en el cambio de milenio”, “que en estos tiempos, lo que falta a los jóvenes no es la comunicación con los demás, tampoco las habilidades para manejar las nuevas situaciones; lo que les falta es la existencia de proyectos a través de los cuales las interacciones adquieran sentido”. Añado que lo que falta a los jóvenes de hoy es que tengan un punto de referencia, un ejemplo a seguir que les permita ordenar su vida adecuadamente.

Decía Jame Balmes que el arte de enseñar a aprender consiste en formar fábricas, no almacenes. En buen dominicano, no tener una mentalidad de colmado, sino de supermercado.

Citando a Juan Carlos Tedesco, Fernando Savater, en “El Valor de educar” expresa: “El cambio más importante que abren nuevas demandas de la educación es que ella deberá incorporar en forma sistemática, la tarea de formación de la personalidad”.

Una cita de W. M. Godwing me ha hecho reflexionar en más de una oportunidad sobre los nuevos retos de la educación: “el verdadero objetivo de la

educación, como el de cualquier otra disciplina moral, es engendrar felicidad”. Debemos entonces preguntarnos, ¿estamos educando para hacer felices a nuestros hijos?

Educar no es tarea fácil, ya que requiere del educador cualidades y capacidades diversas y, de manera especial, morales. Sin estas condiciones, será muy difícil que pueda ayudar a otros a participar de la vida social de modo que, convenientemente instruidos en el uso de medios oportunos y necesarios, se introduzcan en los diversos grupos de la sociedad humana. Pero más que esto, la educación debe estar dirigida a estimular para que se aprecien con recta conciencia los valores morales mediante una adhesión personal, que lleven así a conocer y amar más perfectamente a Dios.

Bernabé Tierno en su Guía para Educar en Valores Humanos nos recuerda que educar para los nuevos tiempos debe implicar:

- que tratemos a cada hijo como persona diferente, independiente y libre;
- aceptar la individualidad que es sagrada, y permitirle ser el mismo;
- estar atento para reforzar y alentar cuanto de positivo tenga el educando;
- sugerir, contagiar con el ejemplo vivo el valor que se quiere desarrollar;
- actuar siempre desde la madurez, desde la coherencia interna, desde la propia verdad, ofreciendo lo mejor de nosotros mismos sin alardes;
- actuar de forma sincera, abierta y honesta, compartiendo con los hijos con naturalidad y sencillez nuestra vida;
- dialogar (mediante cuatro condiciones: claridad, afabilidad, confianza y prudencia pedagógica); respetar, amar ejerciendo la autoridad sin violencia y con firmeza, pero en un contexto cálido de ternura y amor de padres.

El drama humano que viven las familias hoy día es consecuencia de que no han educado a sus hijos en el amor. La mejor forma para educar a los hijos de cara a los nuevos tiempos es renunciando a los egoísmos. Son obras de amor las que deben producir las familias. El primer deber de los padres es amar a los hijos con amor verdadero: interno, generoso, ordenado, con independencia de sus cualidades físicas, intelectuales o morales, y entonces les sabrán querer con sus defectos. Este amor debe ser operativo, que se traduzca eficazmente en obras. El verdadero amor se manifiesta en el empeño esforzado para que los hijos sean trabajadores, austeros, educados en el sentido pleno de la palabra...y sobre todo buenos cristianos. Los padres no son más que administradores de un inmenso tesoro de Dios y que por ser cristianos no constituyen una familia más.

La educación familiar funciona por vía del ejemplo, a través de la coherencia de vida. Penosamente, pasamos más tiempo formando o llenando de conocimientos a nuestros hijos que formando su personalidad. Estamos más preocupados y atentos de su currículum formativo que de su conciencia moral.

Ante el fracaso de los experimentos y nuevas teorías educativas, la educación para los nuevos tiempos requiere que redescubramos que el alcance de la educación va más allá de las posibilidades estrictamente humanas y que apuntemos a una educación vista a nivel sobrenatural, que apunta a la plenitud de cada persona, realizando en esta vida la vocación personal que le corresponde como hijos de Dios, y alcanzando en la otra la posesión del encuentro total con Él. Confieso que si algo me “preocupa” en esta vida es no poder compartir la vida eterna junto con mis hijos.

De ahí la importancia del orden sobrenatural de la educación de cara a los nuevos tiempos, ya que ésta rebasa las miras y los logros humanos a nivel cultural para que, al elevar el espíritu hacia Dios (creador del género humano), se reciba de Él la gracia santificante que permita encontrar el sentido de la propia vida; así como, encauzar el propio perfeccionamiento hacia la realización plena terrenal de la vocación personal, como hijos de Dios, y el encuentro pleno con Él como finalidad propia, en la vida eterna.

De modo que, la educación sobrenatural apunta a la plenitud de cada persona, realizando en esta vida la vocación personal que le corresponde como hijo de Dios, y alcanzando en la otra la posesión o el encuentro total con Él.

El orden sobrenatural de la educación se resume en cuatro aspectos:

a) Impregnar la vida con el espíritu propio de saberse hijos de Dios;

b) No perder nunca de vista que si bien la educación está relacionada con el cuerpo (físico), ésta sólo es posible en virtud de las facultades superiores a las que está ordenado (inteligencia y voluntad).

c) Buscar la perfección a través de la santidad;

d) Crear conciencia de las propias limitaciones que tenemos como educadores y la plena confianza en Dios como Padre común y como sumo educador.

Siendo la familia una realidad de orden fundamentalmente espiritual, la fusión de valores personales de aquellos que la conforman, la agrupación y relación humana en la que cada persona es conocida, valorada y amada como es, el orden sobrenatural juega en ésta un papel preponderante: cultivando el asiduo cuidado de las facultades intelectuales, desarrollando la capacidad del recto juicio, promoviendo el sentido de los valores, preparando para la vida profesional, fomentando la mutua comprensión, siendo un centro de laboriosidad de cuyos frutos debe participar toda la sociedad.

La educación encierra un tesoro, no la perdamos.

Referencias bibliográficas

Concilio Vaticano II Documentos Completos, Bogotá: San Pablo, 1997.

Delors, Jacques, La educación encierra un tesoro, Ed. Santillana, Madrid, 1996.

García Roca, Joaquín, La educación en el cambio de milenio, Ed. Sal Terrae, Madrid, 1998.

Savater, Fernando, El valor de educar, Ed. Ariel, Bogotá, 1997.

Tierno, Bernabé, Guía para educar en valores humanos, Taller de Editores, Madrid, 1996.

Consideraciones éticas sobre el aborto*

“Dios escoge sus criaturas al nacer e incluso hasta antes de nacer”.
Epicteto

Introducción

Es necesario antes de considerar los aspectos éticos del aborto, determinar la aproximación a la dimensión de ética o moral. El ser humano vive sumergido en la responsabilidad de sus actos. Cada uno de estos es una continua relación con otros. Existe, si se quiere, una vertiente social de la que somos autores o protagonistas de nuestra historia, lo que nos limita a una relación social y política con los demás, aunque hay una relación emocional con los nuestros.

El hecho de que seamos seres libres, sujetos de derechos y obligaciones para con los demás, es lo que nos da la categoría de persona moral. De ahí que esa relación de íntima comunidad con los otros, tanto social como sentimental, hace que las relaciones humanas estén cimentadas en unas normas o costumbres.

Esas “mores” o prácticas -como le llamaban los latinos- de convivencia social, basadas en la mutua cooperación, hacían posible la coexistencia, de ahí deriva la palabra moral. El término latino “mos”, corresponde al griego “ethos” del cual proviene la palabra ética. Según se escriba con “e” larga o con “e” breve, tiene un distinto significado en griego: por una parte carácter, personalidad y por otra, costumbre, modo de comportarse.

De esta manera, existen elementos comunes a una ética general: el sentido del bien y del mal que se tenga, el cual supone una serie de elementos unidos entre sí que podemos encontrar en el comportamiento moral de los seres humanos, pertenezcan o no a las más variadas religiones. En esta, destacamos el valor de la ética natural, que caracteriza a aquellos que sin estar aferrados a dogmas, afirman la dignidad moral de la persona humana e intentan vivir según

* Conferencia dictada a estudiantes de la Maestría en Negocios Corporativos en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCAMAIMA), el cinco (5) de mayo de dos mil nueve (2009).

lo que consideran adecuado a esa dignidad.

Hay algo en común a toda ética auténticamente humana: cada cual escoge la manera en que desarrollará su existencia libremente y lo hace de modo diferente, en otras palabras cada persona tiene una visión diferente de las cosas y del mundo. Aun cuando hay diversos factores (v.g. históricos, geográficos, culturales, hereditarios) que influyen en el comportamiento humano, las nociones generales de lo bueno y de lo malo son universales. Es la razón por la que existen múltiples sistemas éticos, tanto a nivel filosófico y de comportamientos concretos.

Para los cristianos hay un elemento último que fundamenta su juicio moral: la referencia a la Revelación de Dios, culminada en Cristo, que es el fundamento mismo de la moral cristiana. Sus obras y palabras nos dan las pautas a seguir para determinar el prototipo del hombre ideal y perfecto.

De modo, que la dimensión ética es aquella condición de la realidad humana por la que el ser humano se construye a sí mismo libre y coherentemente en la búsqueda del bien. Por esto, desde la perspectiva de la ética, todo aquel que quiera tomar una opción concreta necesita saber en qué medida es buena o mala para su propia realización y sobre todo para los demás.

Para evaluar conscientemente la bondad o malicia de nuestros actos, necesitamos de criterios, en otras palabras preguntarnos por las normas de moralidad. Hay dos normas de moralidad, una subjetiva que es la conciencia y otra objetiva que es la ley, ambas se complementan. De ahí que el acto moral tenga cuatro elementos básicos: la conciencia que no es más que la propiedad dada por Dios al ser humano para hacer juicios prácticos acerca de la moralidad de sus actos; los valores que son las ideas básicas que sirven al ser humano de eje en su razonamiento moral; la libertad que es la capacidad de auto-determinarse a sí mismo, y que requiere de independencia, ausencia de necesidad y responsabilidad; y la ley que da forma a nuestra libertad y marca sus fronteras.

Digamos entonces que la persona humana es el centro de cuanto pueda decirse de valores morales, de dimensión ética, de normas de moralidad, de comportamientos censurables o no, de comportamientos dignos e indignos.

I.- Sobre el derecho a la vida

Parto de un concepto cristiano, la vida es un don, el primer don de Dios. Dios está en el origen de la vida. Dios que vive, da la vida. Él la ha puesto en nuestras manos para que la vivamos a plenitud sin abusar de ella; y ha puesto en nuestras manos no sólo la nuestra, sino la de los demás y su cuidado.

La vida es sagrada. Dios toma bajo su manto protector la defensa de la vida humana, aun de aquellos que entendemos no son dignos de ella.

Algunos autores entienden que plantear el debate sobre el aborto en torno al concepto de persona humana lleva a una estéril discusión, ya que los distintos sistemas filosóficos (estoicismo, epicureísmo, hedonismo, utilitarismo, humanismo existencialismo, marxismo, anti-humanismo de Nietzsche) nos presentan diversos modos de entender al ser humano, a la persona. Sin embargo, creo necesario partir del concepto de persona humana, ya que éste proporcionará los elementos necesarios para fundamentar las consideraciones éticas relacionadas con el aborto.

El fatalismo y la omnipotencia del destino de los estoicos; el placer y la vida moral del epicureísmo; el individualismo del hedonismo; el concepto universalista del placer del utilitarismo; la libre determinación de la persona de los existencialistas; la visión materialista del hombre del marxismo; y el anti-humanismo de Nietzsche, no creo que tengan el peso moral del humanismo cristiano, visión que va más allá del humanismo filosófico, ya que el hombre es el centro del mundo y los valores.

No obstante todas estas teorías sobre el particular, titulé un artículo “Oración de un no creyente”, que viene a cuento sobre esto. Me refería a Friedrich Nietzsche que fue un filósofo y escritor alemán nacido en Röcken, 1844 y fallecido en Weimar 1900. En su etapa de madurez como filósofo consideró como “finalidad suprema de la civilización la producción del genio, del Superhombre, que se define en función de la fe en sí mismo, del orgullo...”; en otras palabras que el hombre no necesita de Dios. Bajo esta premisa, escribió el Anticristo,

considerando el cristianismo como una moral de esclavos. Sin embargo, al no encontrar una explicación razonable -según él- al acontecer de la naturaleza, pero sobre todo, al sentido de la vida humana, en cierta ocasión exclamó: “¿Dónde está Dios? ¡Yo se lo diré!: Lo hemos matado nosotros, ustedes y yo! ¡Todos somos sus asesinos! Pero, ¿Cómo hemos hecho esto? ¿Cómo hemos podido beber todo el mar? ¿Quién nos ha dado la esponja para borrar todo el horizonte? ¿Qué es lo que hemos hecho al soltar a la tierra de su sol? ¿Hacia dónde se mueve ahora? ¿Hacia dónde nos movemos nosotros? ¿Lejos de todos los soles? ¡Nos estamos cayendo continuamente hacia atrás, hacia el lado, hacia todos los lados? ¿Hay todavía un arriba y un abajo? ¿No andamos errantes como una nada infinita? ¿No sentimos el aliento del espacio vacío? ¿No hace más frío...() ¡Dios permanece muerto! ¡Y hemos sido nosotros los que lo hemos matado! ¿Cómo podremos consolarnos nosotros, los más asesinos de los asesinos? Si contra todo sentido no estás muerto...y te place iluminarme..., y si yo también te he matado, como pienso, perdóname”. ¡Vaya manera tan extraña de expresar la no creencia en Dios! Parece más bien la oración de un no creyente que busca a Dios, pero que en su altivez (¿genialidad?) le impedía expresarlo con la humildad, que es la debilidad de Dios.

La visión cristiana sobre el concepto de la persona humana, se refleja en la siguiente cita, tal como la expuso Jesús: “El sábado es para el hombre, no el hombre para el sábado (Marcos 2,27).

Somos imagen de Dios y seres irrepetibles. De este concepto se desprende la Declaración de los Derechos Humanos (ONU 1948) cuando dice: “Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona”. “Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica”. “Todos son iguales ante la Ley, por tanto, tienen derecho a igual protección de la Ley”. Por igual la Declaración de Ginebra (Asociación Médica Mundial 1948): “Guardaré el máximo respeto hacia la vida humana desde el momento de su concepción”. De ahí, que el respeto a la vida humana desde la concepción sea un principio ético fundamental, porque es el respeto a la dignidad humana.

El concepto de persona humana y dignidad, ha sido convenientemente redefinido por personas que responden a intereses económicos o políticos. Estas quieren despojar a la persona humana de su categoría como tal, porque aún no haya nacido o porque adolece de una enfermedad que le puede dificultar o impedir desplegar todas las cualidades inherentes al ser humano. Se aduce que es una persona en potencia, queriendo justificar con esto, que se puede acabar con esta vida, porque aun no lo es. ¡Nada más aberrante! Me uno a los médicos que sostienen que los que parten de esta teoría tergivesan el ethos de la medicina y del médico, por la del verdugo.

Xavier Zubiri, en “Sobre el hombre” (Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp.43-182) nos dice algo realmente impresionante y revelador: “...Pero la persona humana es cosa distinta. El oligofrénico es persona; el concebido, antes de nacer es persona. Son tan personas como cualquiera de nosotros”. De igual manera lo hace magistralmente el Dr. Miguel Núñez en un espacio pagado en el Listín Diario del 28 de mayo de 2009, páginas 8A y 9ª, recomendando leer por su visión esclarecedora sobre el tema.

II. Aborto y bien común

La legislación que ha sido modificada y las que se pretenden modificar para despenalizar el aborto han sido objeto de encendidas discusiones. Los argumentos en pro y en contra de esto son variados, en especial en aquellos países que se pretende legalizar el aborto en algunos casos. El debate sobre la despenalización del aborto es tan viejo como polémico. Voces progresistas favorecen la despenalización del aborto, aduciendo que no se puede mezclar la democracia con la religión o más aun que las leyes no pueden estar al servicio de la fe. Creo que hay una grave equivocación conceptual, antes que todo, si se trata de una ciencia que como el derecho debe estar poseído por un entrañable sentido de justicia, de equidad y de verdad. Sencillamente, sin darle muchas vueltas al asunto de la despenalización, despojar de sanción el aborto en determinados casos y circunstancias sería abrir las puertas a una nueva figura jurídica el “asesinato justificado”.

La posición de la Iglesia es más que prudente en cuanto al aborto: “La vida humana debe ser respetada y protegida de un modo absoluto desde el momento de la concepción”. Lo extraño en algunas personas que defienden posiciones tan liberales respecto al aborto, es su ortodoxia respecto a temas de menos trascendencia. Hay que recordar que toda ley debe ir dirigida a proteger el bien común, si por éste se entiende “el conjunto organizado de condiciones sociales, gracias a las cuales la persona humana puede cumplir su destino natural y sobre natural”.

De modo que el bien común rechaza toda conducta humana que no sea de una manera o de otra beneficiosa para la sociedad, cuando de acuerdo a su naturaleza debiera serlo. Desde esa perspectiva la despenalización del aborto es una aberración jurídica. Lo es si atendemos a lo que tantas Escuelas Filosóficas y Tradadistas de Derecho entienden por ley, siguiendo los lineamientos de Santo Tomas de Aquino en la Summa Theologiae: “La ley es la ordenación de la razón al bien común, promulgada por aquel que tiene a su cuidado la comunidad”. Pero más aun, no se puede olvidar que “la ley ha de ser honesta, justa, posible, adecuada a la naturaleza y a las costumbres del lugar, conveniente en el tiempo, provechosa y clara”.

III.- Consideración ética sobre el aborto

Cualquier discusión ética sobre el aborto debe centrarse en el derecho a la vida del no-nacido. La pregunta que se impone es si a éste le corresponde un derecho fundamental a la vida, de igual manera que se le atribuye al recién nacido, o si por el contrario existe un fundamento objetivo para darle un valor menor o incluso mantenerlo fuera de toda relevancia ética o jurídica.

Si se parte del concepto de persona será la discusión de nunca acabar. Por esto se prefiere que el debate sobre este tema ético del aborto arranque desde la situación más próxima cronológicamente a la de la vida no-nacida. La pregunta es: ¿por qué ante el recién nacido se impone la convicción ética que está frente a un ser humano cuyo derecho a la vida debe ser respetado, en cambio frente al no nacido se le niega ese derecho?

Se asimila el recién nacido a la visión de corporeidad de un adulto, entendiendo los que propugnan por el aborto, que el no-nacido no la tiene. Sin embargo, un teólogo, González Faus ha hecho una consideración importante sobre el tema ético y legal del aborto al acuñar el término de “vida con destino humano” para referirse al ser humano no-nacido, el cual, entiende, tiene un destino personal, que hace que sintamos, en la contemplación del nuevo ser, un sentimiento de trascendencia y de misterio.

Para el teólogo José-Román Flecha hay tres elementos que hay que tocar para una reflexión ética sobre el aborto. La primera es la moralidad objetiva referido necesariamente al valor último de la vida humana, tutelado por el mandamiento bíblico de no matarás. Acude a las antiguas palabras de Tertuliano: “Es ya hombre el que ha de ser hombre”. En otras palabras, el respeto a la vida del no-nacido no puede ignorar la historicidad inherente al ser humano.

La segunda es la responsabilidad personal que se enmarca dentro de los conflictos de valores éticos en una situación concreta, aplicada a los campos considerados por la reflexión moral que ayudaría a plantear el tema con mayor coherencia y con mayor realismo, asumiendo que se trata de distinguir entre el mal moral objetivo y la culpabilidad de las decisiones asumidas por la persona individualmente, en la que la Iglesia lo trata, en muchos casos, de una decisión dolorosa e incluso dramática.

La tercera es la responsabilidad política en la que hay que considerar el problema de la legalización o despenalización del aborto, ya que no es lo mismo valorar éticamente el aborto que emitir un juicio ético sobre su despenalización.

Como no es lo mismo moral que derecho, ni legalización que despenalización (la conducta legalizada se convierte en un derecho, la despenalización en cambio no supone que la conducta sea legal ni que el Estado deba protegerla), así como, que las leyes han de defender a los indefensos y tutelar los valores éticos fundamentales inherentes a la dignidad de la persona humana, y también cómo

es preciso tratar el problema de una eventual objeción de conciencia.

Como se aprecia, no se trata de un tema que pueda abordarse de manera superficial, ya que hay además razones sociales de peso (violación, pobreza, condiciones de vida infrahumanas) de las cuales pretenden apoyarse los que propugnan por la despenalización del aborto, pero que están muy distantes de que sea justo y razonable solucionarlas por la vía del aborto. La solución más fácil es esta, cuándo podría el Estado accionar con una política coherente en materia de educación sexual, distinto a lo que se promueve hoy día, un concepto de sexualidad ajeno al respeto de la propia dignidad, a su cuerpo, a su unidad como persona y al valor que tiene una sexualidad bien entendida. Asimismo evitar confusión que entre la sexualidad y la genitalidad. Recordemos que somos templos del Espíritu Santo.

IV. A manera de testimonio

A finales del 1995 comenté en mi columna del Listín Diario un artículo de la revista *The Human Life Review*; lo titulé “Y nos quejamos”, el cual comparto con ustedes.

“En la revista *The Human Life Review* se reprodujo una carta que apareciera en un diario italiano, escrita por una joven religiosa llamada Lucy Vertruse, la cual fue violada en 1995, durante la guerra en la antigua Yugoslavia. La carta fue publicada a instancias de la Madre Superiora de su congregación, quien escribió la introducción de la misma.

El caso de la Hermana Lucy Vertruse es una de las tantas atrocidades que se cometieron durante la guerra en Bosnia-Herzegovina, lo cual sirve como ejemplo para que veamos hasta dónde llega la maldad humana que solo puede ser enfrentada por el amor y la paz, signos de la vocación del cristiano.

El testimonio de la Hermana Lucy es desgarrador. Cuenta que fue violada por soldados serbios junto a dos de sus hermanas. Ella no entra en detalles del acto, porque entiende que hay algunas experiencias en la vida que no se pueden contar a otro, sino a Dios, a cuyo servicio había consagrado su vida.

Para Lucy el ser violada no es tanto la humillación que sufrió como mujer, ni la incurable ofensa en contra de su vocación como religiosa, sino la dificultad de tener que incorporar a su fe un evento que ciertamente forma parte de los misterios, voluntad de Aquel a quien siempre ha considerado como su Esposo Divino.

Sólo unos días antes de ocurrir estos hechos, narra la Hermana Lucy, que espontáneamente le había pedido a Nuestro Señor que le concediera la gracia de unirse a los rangos de aquellos que murieron como sus mártires. Agrega que parece ser que el Señor le tomó la palabra, pero de qué forma tan horrorosa. Confiesa que ahora se encuentra perdida en la angustia de la oscuridad interna.

Lucy no encuentra explicación a lo que le ha pasado, se pregunta por qué Dios ha permitido que se destruyera en ella lo que había sido el significado de su vida, pero también se pregunta a qué nueva vocación la ha llamado el Señor. Sus primeros pensamientos fueron para recordar la agonía de Cristo en el huerto, por eso expresa que sus sufrimientos no son nada comparados con el sufrimiento y las ofensas de Aquel a quien había jurado miles de veces dar su vida.

Esta carta de la hermana Lucy no busca que se le vea como un ser digno de lástima, pues en la misma manifiesta que no la escribe buscando consuelo, sino para que se le ayude a que pueda darle gracias a Dios por haberla asociado a las miles de sus compatriotas cuyo honor ha sido violado, y que se ven forzadas a aceptar una maternidad no deseada. Así como lo leen, quedó embarazada como consecuencia de la violación, sin embargo, ofrece lo único que tiene que ofrecer en expiación por el pecado cometido por aquellos violadores sin nombre y por la reconciliación de esos dos pueblos amargados, por eso acepta ese deshonor que sufrió y lo encomienda a la misericordia de Dios.

Con mucha humildad pide compartir las “gracias”, que para ella pueden parecer absurdas, pero así debe ser la verdadera actitud de un cristiano. Explica cómo en los últimos meses ha derramado un mar de lágrimas por sus dos hermanos asesinados por los mismos agresores que andaban aterrorizando

los distintos pueblos. Escribe cómo se sentía segura en el convento, habiendo elegido un refugio seguro donde la maldad no podía alcanzarle, sin embargo, no ocurrió de esa manera. Ahora con lo que ha pasado en carne propia, las palabras de aliento que pueda llevar serán más creíbles, porque forma parte de la historia de su pueblo.

En los momentos en los que fue aterrorizada por los serbios, durante horas y horas, repetía los versos del poeta Alexej Mislovic: que su profesora de literatura, en la Universidad de Roma acostumbraba a recitarle: No debes morir/porque tu has sido elegida/para ser parte del día.

Escribe: “todo ha pasado, pero todo comienza”. Ante la pregunta que le hacen de qué hará con la vida que ha sido forzada en su vientre, responde con seguridad: seré madre. Expresa que será su hijo y de nadie más, no lo entregará a otras personas, aunque no lo haya pedido ni lo esperara, pues esa criatura tiene derecho a su amor como madre. Entona entonces desde lo más profundo de su corazón una de las más bellas “elegías” que recuerde: “Una planta nunca debe ser arrancada de sus raíces. El grano de trigo que cae en el surco tiene que crecer ahí donde el misterioso, aunque malvado, sembrador sembró”.

Es una carta que uno no quisiera terminar de leer, porque el testimonio vale más que cualquier palabra que podamos pronunciar. Su testimonio es muy claro: cumplir con su vocación religiosa de otra manera. Se irá con su hijo no sabe dónde, pero Dios, quien rompió de repente su mayor alegría, le indicará el camino que deba seguir para así hacer Su voluntad.

Díganme entonces si esto no es un verdadero testimonio de una auténtica cristiana, cuando dice la Hermana Lucy: “De nuevo seré pobre, regresaré a los viejos delantales y los zapatos de madera que las mujeres del campo usan para trabajar, y acompañaré a mi madre al bosque para recoger la resina en las ranuras de los árboles. Alguien tiene que comenzar a romper la cadena de odio que siempre ha destruido nuestros países. Y así, sólo una cosa enseñaré a mi hijo: amor. Este hijo nacido de la violencia, será un testigo junto a mí de que la única grandeza que rinde honor al ser humano es el perdón”. Termina la carta con esta despedida: “A través del Reino de Cristo para la gloria de Dios”.

Lo sucedido a la Hermana Lucy nos habla bien de que los designios de Dios son inescrutables, pero Él sabe porqué deja que sucedan estos acontecimientos y lo que realmente nos conviene. Pero, también, este testimonio sirve, para que abandonemos las actitudes negativas y dejemos de quejarnos tanto, sobre todo por cosas que caen dentro del campo de la trivialidad que en nada ayudan al crecimiento espiritual.”

Finalmente

Si vemos el problema del aborto desde una consideración ética humanista que tiene en cuenta los valores y anti-valores de una sociedad utilitarista, concluimos que en la valoración moral del aborto se encuentra en juego la vida y dignidad del ser humano.

Comparto plenamente estos conceptos:

a) La cuestión de la penalización o despenalización del aborto no es asunto meramente político. Las leyes tienen un efecto pedagógico sobre la formación de la conciencia de los ciudadanos. La valoración de la vida sufre un innegable deterioro a causa de leyes permisivas del aborto.

b) La afirmación de Adolfo Pérez Esquivel (Premio Nobel de la Paz, 1980):”Quien justifica el aborto, justifica la pena de muerte; yo estoy en contra de la pena de muerte y contra el aborto. Ser progresista significa defender la vida y nada más”.

c) La opinión del doctor Alfred Kastler, biólogo, Premio Nobel de Física, promotor de los derechos humanos: “Desde este momento comienza una nueva vida; el feto es un ser vivo, es un ser humano, un ser completo con un código genético irrepetible”.

La alegría de vivir*

La intención al compartir con ustedes mis vivencias, es dejarles un legado para que las hagan vida y saquen el mejor provecho de ellas. San Pablo nos dice que el que motiva a los demás debe ser convincente, agregaría que además de convincente debe ser coherente. Pero además he querido traerles la esperanza de que no todo está perdido en esta vida temporal, llena de intereses mezquinos.

En Un Minuto para el absurdo, el libro póstumo de Anthony de Mello, en el que las anécdotas fueron escritas más que para instruir para despertar, nos cuenta: “Cuando al maestro le nació su primer hijo, no parecía cansarse de contemplar a la criatura. ‘¿Qué quieres que sea el niño cuando sea mayor?’, le preguntaron. ‘Escandalosamente feliz’, respondió el maestro”.

No les puedo dar la receta para la felicidad, no la hay, porque no existe una sola felicidad sino muchas felicidades y cada uno debe construirla. Más que recetas hay caminos:

- 1) Descubrir todo lo bueno que tenemos (no esperar encontrarnos con ciego, un sordo o un inválido para enterarnos de lo importante que son nuestros ojos, oídos y extremidades) ;
- 2) Asumir después serenamente las partes negativas o defectos que tenemos;
- 3) Vivir abiertos hacia el prójimo (es preferible que nos engañen varias veces que pasar la vida desconfiando de los demás);
- 4) Tener un gran ideal que centre nuestra existencia y dirigirnos hacia Él aun con los tropiezos (no creer en los golpes de la fortuna). Dice H. F. Amiel en su libro “Diario Íntimo” dice que el ideal es un “anticipo del orden por el espíritu...la esperanza indestructible de lo mejor, una protesta involuntaria contra

* Participación en panel en la Universidad Católica de Santo Domingo, el once (11) de mayo de dos mil nueve (2009).

lo presente, el fermento de lo provenir. Es lo sobrenatural dentro de nosotros mismos, o mejor, la razón y la perfectibilidad humana”;

5) Creer en el bien y saber esperar, aunque otros vayan más aprisa por caminos torcidos, el tiempo nuestro llegará;

6) En el amor, preocuparse más por amar que por ser amados;

7) Tratar de elegir un trabajo que nos guste;

8) Revisar constantemente nuestras escalas de valores, evitando que el dinero se convierta en la razón de nuestra existencia, descubriendo que la amistad, la belleza de la naturaleza, los placeres artísticos y otros valores son más rentables que lo meramente superficial. Recuerdo en el año de 1990 un joven francés, huérfano a los 14 años, había heredado una enorme fortuna, su nombre David Hosansky, con tan sólo 18 años se suicidó, lanzándose desde 17mo piso de un edificio cerca de Niza;

9) Descubrir que Dios es alegre;

10) Procurar sonreír con ganas o sin ella, porque la sonrisa es como un sacramento en la que hay algo de transparencia de Dios, de la gran paz, signo de que nuestra alma está abierta de par en par. El éxito en el mundo rara vez tiene correspondencia con el mérito.

Bajo el título “La paz nuestra de cada día”, José Luis Martí Descalzo refiere en Razones para el amor a Pepe Cóleras, antimilitarista furibundo, obsesionado con la guerra va a todas las manifestaciones antibelicistas o ecologistas; pero todo ese pacifismo se le olvida a Pepe en su vida cotidiana, que parece más escrita bajo el signo de su apellido que de sus planteamientos anti-bélicos. Porque Pepe es discutiador y encizañador en la oficina, intolerante con su mujer, duro con sus hijos, despectivo hacia su suegra, prepotente con sus empleados y vecinos. Y toda la paz que sueña para el mundo se olvida de cultivarla en su casa. Es un incoherente. Por esto las únicas armas contra la guerra son: la sonrisa y el perdón que juntos producen la ternura.

La felicidad es la ausencia de preocupaciones. La felicidad es un deseo de origen divino puesto en el corazón del hombre, a fin de atraerlo hacia Dios. Pero, si no tienes tiempo para ser feliz, para qué quieres el tiempo.

Alberto Cortez expresa en una de sus canciones “porque las cosas a mi alrededor son consecuencia de lo que yo soy”. Y en el Quijote aparece a título de sentencia: “Cada cual es artífice de su propia ventura”. Escribió Víctor Hugo: “Tan corta como es la vida y aun la acortamos más con el insensato desperdicio del tiempo”.

Carlo María Martini, en su libro “La Alegría del Evangelio” nos dice que si nos falta la alegría es inútil buscarla en los libros o en la calle. Hemos de abrir el corazón a la plenitud del don de Dios, que nos atrae hacia Sí, que nos une a la gloria de Cristo, que hace de nosotros una sola cosa con Jesús comunicándonos el Espíritu en abundancia.

Hay una regla de oro en la alegría de vivir. No perder la oportunidad de compartir o hacer algo de lo que luego nos arrepintamos, no haber hecho (una visita a un enfermo, una muestra de cariño, un beso a los hijos, decirle a la esposa o al esposo te quiero); Para luego no preguntarnos, dónde fueron a parar todas aquellas cosas que quise decirte y no te dije. Sin que nos sintamos avergonzados, es un buen momento para que se produzca una revolución en la vida de cada uno de ustedes, y quizás en su interior quieran expresar estos sentimientos, exprésenlo ahora aunque sea en silencio o por medio de una muestra de cariño.

La alegría de vivir tiene mucho que ver con una frase de san Pablo: Vivir en el amor. Vivir en el amor, conforme nos enseña san Pablo (véase Efesios 4, 32) es mostrarse buenos y comprensivos con otros (no saber comportarse bueno con los malos es señal que no se es bueno del todo), perdonándose mutuamente, imitando y siguiendo el camino del amor, a ejemplo de Cristo que los amó a ustedes. Él se entregó por nosotros y vino a ser la ofrenda y la víctima sacrificada, cuyo buen olor sube a Dios (Efesios 5,2). Debemos amar la verdad, pero perdonar el error (Voltaire).y es que menos averigua Dios y perdona, reza

un refrán nicaraguense.

La Carta de San Pablo a los Filipenses es la carta de la alegría cristiana. En ella nos dice que todo es gracia. Hay que crecer, pero sobre todo en el amor que es el supremo valor religioso. Un amor que no sea puro sentimiento, impulso ciego, torbellino que pasa, sino un amor crítico, clarividente, intuitivo, sensible, delicado, constante.

La parte del yo que hace ser feliz le toca a cada uno descubrirla. Porque creemos erróneamente que la felicidad es producto de algo, de una serie de condiciones. La felicidad no está en el mundo, está en la mente. Existirá cuando la busquemos donde debe estar. Y es que estamos destinados a vivir la felicidad, es nuestro origen. Nuestro ser está hecho de felicidad. Por esto la felicidad es un arte y una ciencia.

En ese camino hacia la felicidad, la unión matrimonial juega un papel muy importante, porque es la única forma de vencer las miserias humanas. No hay mayor fuente de felicidad en este mundo que la armonía conyugal. Se busca obtener en el matrimonio la felicidad personal antes que ningún otro objetivo. Precisamente, la familia se encuentra justificada por la satisfacción en la felicidad que produce al individuo. Tomándole prestada una frase a Jan Vanier, digamos que: “Se entra en una familia para ser feliz, se permanece en ella para hacer felices a los demás”.

Puedo testimoniar que las muestras de cariño que hago a mi esposa e hijos, además de ayudarme a realizarme como persona, producen en mí una profunda satisfacción. En el Cristo de la alegría describo esta felicidad, donde aparece Myrna, mi esposa, la de la eterna sonrisa, que ha contribuido más que nadie en esta vida temporal, siendo fiel en el amor, a que pueda sentir la alegría de los hijos de Dios.

Y aun en los momentos de angustia por acontecimientos imprevistos, esa felicidad no se pierde, porque la confianza debe estar puesta en el Dios de la alegría. Como ocurrió con mi nieta Amelia Isabel, que por pura gracia de Dios vive, y a la que llamé Princesita de mis sueños y que describo así:

La princesita esperada tenía prisa en llegar, pero nadie imaginaba en qué momento y lugar.

Su llegada de improviso resultó ser bendición para todos lo que creen en un Dios de salvación.

Un tortuoso sendero tuvo que recorrer, haciéndose más llevadero por el Espíritu Santo de Dios.

Una Corte de ángeles la cuidaron con diligencia y esmero, no sin antes signarla, con el sello del cielo.

Su destino ahora está sellado con la mano del Señor, acompañada de su Madre para mayor protección.

El Dios de victoria presente en su vida está, invocando ahora y siempre tan sublime Majestad.

Eres ya princesita en la corte espiritual, por intersección de la Madre, esa Virgen singular.

Mi princesita añorada eres luz de la mañana que no deja de alumbrar.

Princesita de mis sueños que iluminas los senderos, nunca dejes de brillar.

Princesita de mis sueños, todo es fiesta en el hogar, porque has llenado de gracia a todos con tu cantar.

Princesita de mis sueños tienes todo para dar, eres vida y esperanza que no deja de soñar.

Princesita de mis sueños convertida en realidad, pienso en ti a toda hora en profunda intimidad.

Princesita de mis sueños, tu sonrisa es como miel, por eso te llamamos Amelita Isabel.

Princesita de mis sueños, tu presencia es salvación porque tienes como signo al Señor que es todo amor.

Recordamos a Juan Pablo II que nos invitaba a reflexionar sobre una frase de los Hechos de los Apóstoles: “Hay mayor felicidad en dar que en recibir” (20,35). Para que esto sea una realidad, la cultura de la solidaridad debe imponerse a la cultura del egoísmo.

Preguntémonos entonces ¿qué es la felicidad? Más que buscar definiciones que puedan servirnos para la simple complacencia de vivir, vale más preguntarse qué camino nos puede conducir hacia la verdadera felicidad. El camino hacia la propia felicidad pasa por el otro. Solo se recibe felicidad en el grado en que se da. “No hay camino a la felicidad. La felicidad es el camino”.

El camino más seguro para alcanzar la felicidad es el amor. Y solo Dios nos puede llevar hacia esa perfección, porque Dios es amor y su oficio es amar. Nadie que no haya experimentado el amor de Dios puede amar con la intensidad que Él quiere que amemos. Y sólo Dios puede amar de ese modo, porque sólo Dios se ha definido “amor” (1 Juan 4, 8.16). Dios nos ama para hacernos partícipes de ese amor. La felicidad se resume en hacer la voluntad de Dios y lo demás vendrá por añadidura. El oficio de Dios es amar.

Lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado, pues la alegría es el primer efecto del amor, y la tristeza el fruto estéril del egoísmo, de la pereza..., del desamor, en definitiva. El amor, es el camino de la felicidad. Conocerse mejor para amarse mejor.

Preparar la felicidad. Nadie puede prepararse para una relación con otro sin preguntarse el verdadero significado del amor. El hombre puede hacer la felicidad

o la desgracia de su compañera. El amor es el camino de la felicidad. Conocerse mejor para amarse mejor. Al hombre le corresponde mostrarse consciente de esa posibilidad y escoger, porque el amor es un sentimiento complejo que tiene varios elementos. El peligro está en no dar valor a lo esencial, creyendo amar cuando se está lejos de esto. Por esto hay amores que matan. Para que el amor crezca hay que cultivarlo. Si no se logra saber qué es verdaderamente el amor no se puede cultivar. El amor reúne la preocupación de ser feliz y hacer feliz, crea la unión con la voluntad de poseer y el deseo de dar.

El amor es exigente y generoso, posesivo y al mismo tiempo desprendido: envuelve simultáneamente el cuerpo y el alma, exigiendo de ésta que se halle presente en el cuerpo en el momento en que con mayor violencia se consolida.

En el verdadero amor es el alma la que envuelve el cuerpo. Hay que conocer a qué precio se ha de crecer y averiguar las flaquezas del alma que puedan comprometerlo gravemente.

De ahí que la felicidad no es un premio, es una consecuencia. El sufrimiento no es un castigo, es un resultado. Los problemas de las personas empiezan cuando se busca la felicidad así en las cosas, en el bienestar corporal o espiritual, en los otros, el que lo hace está condenado a nunca encontrarla.

La felicidad no está fuera sino dentro; nunca la hallaremos hecha, tenemos que hacerla nosotros a cada momento; y hacerla, cambiando no las cosas mismas, nuestros dolores; sino cambiando nuestra manera de ver esas mismas cosas, dolores o conductas ajenas. No se puede buscar la felicidad; hecha no existe en ningún lado; tiene que hacerla cada cual, partiendo de lo que le sucede a cada uno. Lo que le sucede a cada uno es su materia prima: le toca cada cual transformarla en felicidad.

Todas las personas quieren ser felices, pero a veces ahuyentamos la felicidad por las ansias que tenemos de ser felices. La felicidad es como la salud dice

Carlos G. Vallés, cuando empiezas a hablar de ella, es que anda mal. Por eso hay que tener cuidado con las teorías sobre la felicidad y las recetas para ser feliz. Cuenta Vallés que Abderramán III (8vo. Emir omeya (dinastía califato) de Córdoba y primer califa 912-961) manifestó en su testamento que en toda su vida de conquista y gloria había sido feliz solamente catorce días, y añadió, humilde y reflexivamente: "...y no seguidos".

Coinciden algunos autores que existen tres dogmas de la felicidad:

- 1) La felicidad no depende de lo que nos pasa, sino cómo lo percibimos;
- 2) La felicidad está en disfrutar de lo que se posee, no en desear lo que no se tiene;
- 3) La persona feliz siempre encuentra algo positivo en lo negativo.

En la columna que tenía Yaqui Núñez de Risco en el Listín Diario, escribió que para él, la felicidad significaba feliz-si-das. Y es que sufrimos demasiado con lo poco que nos falta y gozamos muy poco con lo mucho que tenemos.

Pero si algo debemos tener siempre presente, en ese camino hacia la felicidad, es que la alegría que nos da el Señor, nada ni nadie nos la puede quitar.

La fraternidad y la declaración universal de los derechos humanos*

La fraternidad está íntimamente ligada a la hermandad, en estos tiempos es necesario que transitemos dándonos la mano y no uno delante del otro. San Agustín decía con mucha propiedad que: “En la necesidad, unidad; en la duda, libertad; en todo caridad”.

Pío Baroja (1872-1956) novelista español que paradójicamente describía en sus personajes, seres al margen de la sociedad, expresaba que “citando frases en latín uno siempre impresionaba”. En este caso no pretendo impresionar a nadie con una expresión latina: “Ut Unum Sint”, (Que todos sean uno), no impresiono porque es el título de una Carta Encíclica de Juan Pablo II publicada el 25 de mayo de 1995; además de que es una frase que identifica al movimiento Focolar.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos fue aprobada por la Asamblea General de la ONU en diciembre del 1948. El artículo 1 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos expresa: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos, y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”.

Los principios incorporados a la Declaración Universal de 1948, aunque no revistan fuerza jurídica, constituyen un término de responsabilidad asumidos por naciones que integran la ONU. Una frase de Goethe resume el concepto de fraternidad: “Divide y manda, sabio consejo. Une y guía ¡otro lema mucho mejor!”. También San Pablo hace alusión a esto: “Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo. Uno es Dios, el Padre de todos, que está por encima de todos, y que actúa por todos y está en todos” (Efesios 4,6).

Es momento propicio para tratar este tema, ya que en la actualidad nos enfrentamos al debate sobre la concepción o la idea misma de la universalidad

* Conferencia dictada para el Movimiento Focolar, en la Universidad Católica de Santo Domingo, el catorce (14) de junio de dos mil seis (2006).

de los derechos humanos.

Se aboga por impulsar un contrato social mundial basado en el reconocimiento de los derechos de los pueblos. Pero este reconocimiento sólo se hará realidad, bajo el presupuesto de que la universalidad de los derechos humanos se base en la igualdad, la libertad y la fraternidad. Así como no hay democracia sin libertad, ni apropiación de los ciudadanos de su ciudadanía, de que no hay igualdad si no hay justicia y reciprocidad entre personas sin que tenga en cuenta el género, el origen, el color de la piel o clase social, no puede haber fraternidad, pensando sólo que esta es moral o moralizante, sino que es un valor laico vigente en los actuales momentos bajo el concepto de solidaridad.

El mayor problema ha estado en que se ha querido en los últimos tiempos separar la idea de moral del derecho. El derecho no puede construirse sin referencia a una idea de moral. Como se sabe el derecho expresa, a la vez un fin y un medio que confluyen en una misma idea: el respeto del hombre. No puede haber una definición de derecho sin referencia a su contenido moral. En otras palabras el derecho es parte del mundo moral. Todo lo que tiene que ver con la existencia del derecho como sus contenidos específicos, tiene su fundamento en la dignidad de la persona humana. Como señala un recocado jurista. “El derecho existe por la necesidad moral de que el orden en las sociedades se logre por el camino del respeto de todos los hombres”. No debe olvidarse que al ir construyendo el derecho, el hombre ha ido obrando su propio crecimiento en el plano del espíritu.

Chiara Lubich dice que debemos hacer que se convierta en praxis cotidiana, a todo nivel, la fraternidad. Agrega que “Jesús crucificado y abandonado, es Quien ha abierto a los hombres el camino hacia la fraternidad universal”. El es también “el mundo de unidad entre los hombres”. Entiendo que la única solución al problema del hombre descansa en Cristo.

La fraternidad no es más que la condición de hermanos que une a dos o más seres. En la Declaración Universal de los Derechos Humanos se formulan las

garantías mínimas, a las cuales todo ser humano tiene un derecho inviolable que deriva de su propia dignidad esencial. Fue promulgada el 10 de diciembre del 1948 con 30 artículos que explican los aspectos fundamentales del hombre. El artículo 1 que me corresponde examinar señala: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos, y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”.

Desde esa perspectiva, la comunión ha de plasmarse en realidades definitivas, sobre tres planos inseparables: a) relación del hombre con el mundo, como señor; b) con las personas como hermano (no como amigo); c) con Dios como hijo.

De la filiación en Cristo nace la fraternidad cristiana. Si el ser humano en esta época moderna no ha logrado construir una fraternidad universal sobre la tierra, se debe a que ha buscado una fraternidad sin centro ni origen común. Ha olvidado que la única forma de ser hermanos es reconocer la procedencia de un mismo Padre.

De lo anterior se desprende que hay que poner énfasis en las relaciones fraternas: a) interpersonales en las que valora la amistad, la sinceridad, la madurez, como base humana indispensable para la convivencia; b) con dimensión de fe, ya que es el Señor quien llama; c) con estilo de vida más sencillo y acogedor; d) con diálogo y participación.

En la Encíclica, “Que Todos Sean Uno”, Juan Pablo II expresa que el elemento que determina la comunión en la verdad es el significado de la verdad misma. Nos falta oración y coherencia en nuestra vida para que haya una verdadera unión o fraternidad. En Mateo 23,8 está la clave para entender la fraternidad: “Uno sólo es su Maestro; y ustedes son todos hermanos”. En Mateo 23,9 encontramos: “Uno sólo es el Padre”. En Juan 17, 21-22 nos despeja cualquier duda sobre esto, ya que los discípulos divididos entre sí, con mayor esperanza se unen en Cristo, confiándole el futuro de su unidad y comunión, “que todos sean uno...como nosotros también somos uno”.

Es difícil para la razón humana entender este misterio, pero aquí está la clave para vivir en armonía. La unión de las personas divinas se asemeja a la unión de los hijos de Dios en la verdad y el amor. Decimos creer en el Espíritu Santo y hacemos lo que nos viene en gana. Sin una fe verdadera en el Espíritu divino no podemos recibir la gracia de una sincera abnegación, humildad y mansedumbre, en el servicio a los demás y espíritu de generosidad fraterna hacia los otros. Así como el tiempo nuestro no es el tiempo de Dios, la lógica nuestra no es la lógica del Evangelio.

La fraternidad igual que la solidaridad es fruto de la comunión. Debemos globalizar la fraternidad, recordando que el fundamento sobre el que se basan todos los derechos humanos es la dignidad de la persona. El encuentro con Jesucristo vivo hace que se vean las estructuras del mundo desde otra dimensión. Un reconocido moralista dice, con razón, que los derechos humanos no han penetrado en la esfera de las naciones del continente. Tienen que ser puestos en vigor por disposiciones legislativas expresas o de otro carácter. Es lamentable que en la práctica diaria del derecho se desconozcan los principios de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Si los cristianos, sobre todo, católicos, insertos en sus correspondientes ambientes, tomaran conciencia de la importancia que tiene encarnar el principio de la fraternidad en el contexto de las relaciones y del trabajo a lo interno de las distintas áreas de la vida jurídica, de seguro que hoy no estuviéramos hablando aquí del tema que nos ocupa. El problema hay que enfocar desde la enseñanza, en especial en nuestro medio universitario, ya que las universidades no hacen énfasis en los aspectos morales. No existe una verdadera espiritualidad de comunión que lleve a sustentar las relaciones de “amor y fraternidad” que contribuya a una cultura en la que los derechos estén totalmente protegidos. La falta de coherencia de los actores del sistema legal, encargados de dar vigencia al mensaje evangélico lo imposibilitan. Un juez por ejemplo, no sólo es para dictar sentencias, tiene que vivir una vida con apego a principios morales básicos. La coherencia, entre lo que se dice y como se actúa, tiene y juega un

rol de importancia en esto.

No puede “haber cultura de comunión que contribuya positivamente a la práctica del derecho y a la promoción de la justicia” si el hecho moral no interpela directamente la conciencia que es fuente de las decisiones morales. La valoración moral juega un papel decisivo a la hora de obligarse moralmente (deber de solidaridad). Sólo de esta manera podrá existir en nuestra sociedad una cultura, en la que los derechos estén debidamente protegidos y los componentes de la misma puedan realizar sus aspiraciones legítimas y descubrir (redescubrir) el potencial pleno de las relaciones humanas.

No existe en la actualidad, un concepto claro del grado de responsabilidad que compromete a adoptar una relación de universalidad en lo concerniente a la fraternidad, para lograr los objetivos deseados en el campo de una adecuada práctica del derecho y de promoción a la justicia.

El mayor problema que impide la realización de esa tarea, es que no se ha valorado que la “cuestión social ha adquirido dimensión universal”. En la República Dominicana encuentra espacio lo expresado por Pablo VI en su Encíclica *Populorum Progressio*, de que “nuestro desarrollo no sólo es económico sino también cultural, político y simplemente humano”. Un grave problema que nos afecta es lo que denomino capacidad para teorizar. Todo se reduce a teorías que difícilmente son llevadas a la práctica. No escapamos a la influencia de otras culturas que hace que perdamos progresivamente nuestra identidad, cayendo en el foso de la angustia, del miedo y de los fenómenos de evasión, típicos de este mundo globalizado. De modo que es vital para que haya un nuevo instrumento que favorezca la promoción de la justicia que “emerja la idea de que el bien, al cual estamos llamados todos, y la felicidad a la que aspiramos no se conseguirán sin el esfuerzo y el empeño de todos, sin excepción, con la consiguiente renuncia al propio egoísmo”.

La pregunta que debemos hacernos es cómo escapar a estos dos males: a) el afán de ganancia exclusiva; b) la sed de poder con el propósito de imponer a los demás la propia voluntad. Se resume a la expresión “a cualquier precio”.

Es la absolutización de las actitudes humanas. El ejercicio de fraternidad y de solidaridad en cada sociedad es válido cuando sus miembros se reconocen unos a otros como personas. La fraternidad y la solidaridad nos ayudan a ver al otro no como un instrumento, sino como un semejante para hacerlo partícipe de lo que estamos viviendo.

Digamos entonces que el proceso de desarrollo y de liberación se concreta en el ejercicio de la solidaridad y la fraternidad, esto es en el amor y servicio al prójimo.

